

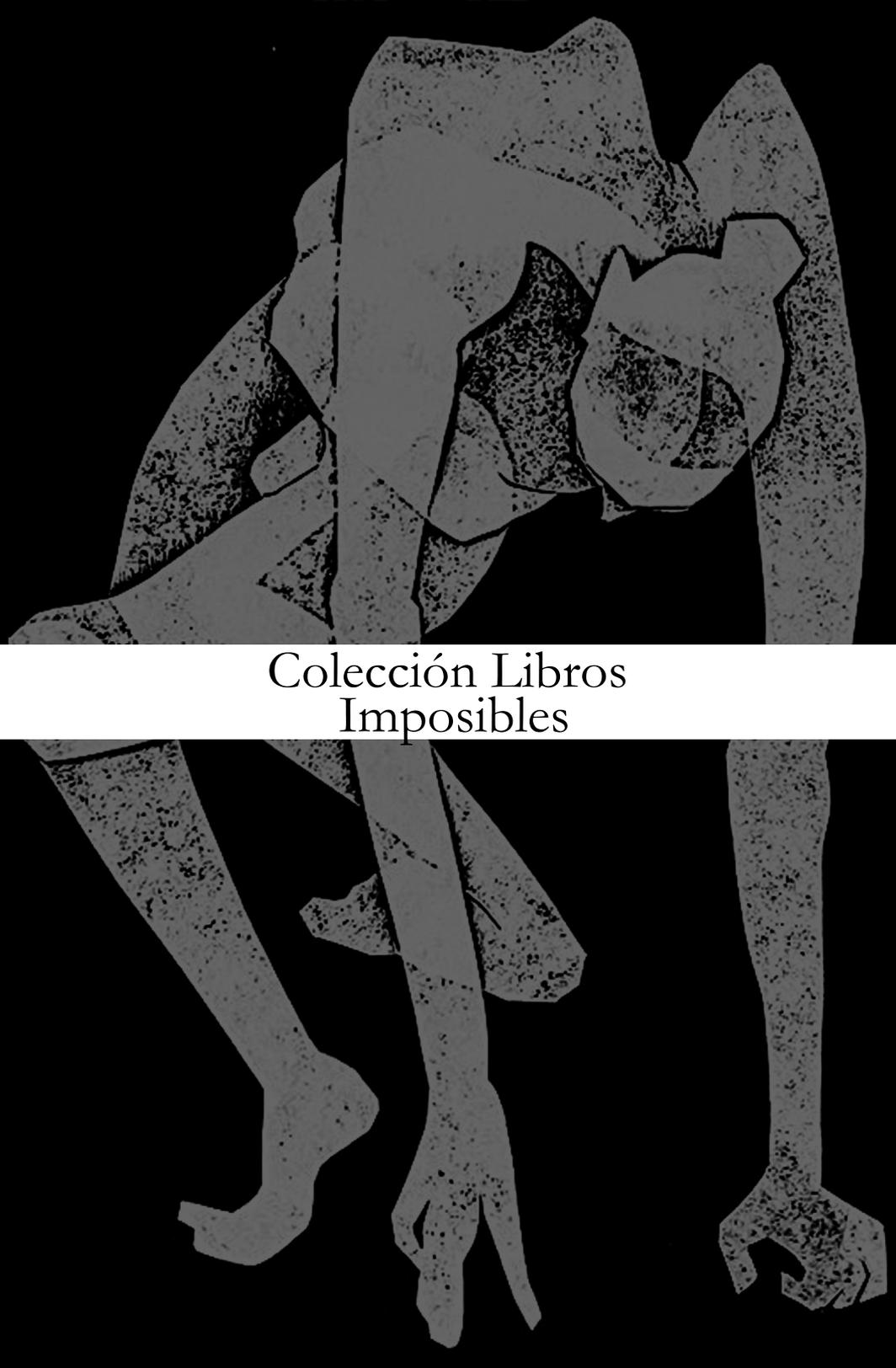
EL SORTILEGIO PROHIBIDO

berta lucía estrada | floriano martins



A high-contrast, grainy black and white image of a person, possibly a dancer or performer, with their arms raised in a wide, V-shape. The person is wearing a dark, textured garment. The background is dark, and the overall image has a stippled or halftone texture. A white horizontal bar is overlaid across the middle of the image, containing the text "El sortilegio prohibido".

El sortilegio prohibido



Colección Libros
Imposibles

**EL SORTILEGIO
PROHIBIDO**

Berta Lucía Estrada
&
Floriano Martins

COLECCIÓN LIBROS IMPOSIBLES

-2024-

Estrada, Berta Lucía, 1955 / Martins, Floriano, 1957
El sortilegio prohibido / Berta Lucía Estrada & Floriano Martins --1ª ed.--
Coedición | EntreTmas Revista Digital & Agulha Revista de Cultura, 2024.
132 p. 21 x 14 cm. <Colección Libros Imposibles ; 16 >
<Digital>
1. Novela colombiana/ brasileña . 2. Literatura colombiana/ brasileña.

I. Título.

Primera edición, 2024

Colección Libros Imposibles #16

El sortilegio prohibido

© Berta Lucía Estrada & Floriano Martins

Diseño editorial:

Melvyn Aguilar

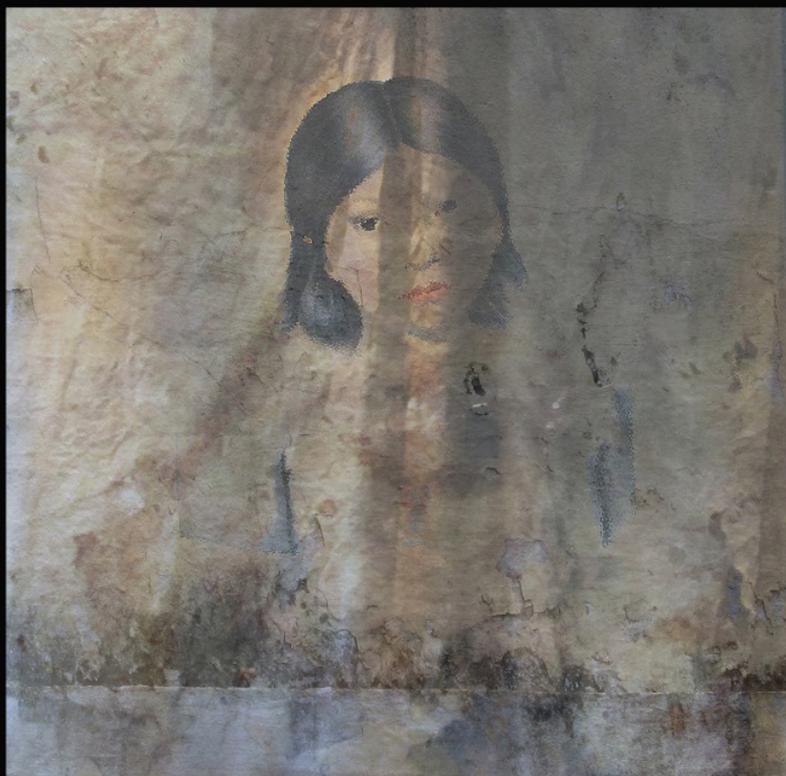
Portada & ensayo fotográfico :

Floriano Martins

Corrección filológica:

Los autores





EL MONSTRUO ARRUINADO DEL MISTERIO

Las noches giraban alrededor del fuego. Por allí pasaban mujeres acusadas de brujería y metales robados de naves que desaparecían en pleno vuelo. Sólo el fuego volvió a casa tras la entrega del tiempo. Una tierra radiactiva debido a los químicos que se encuentran en las heces de los ángeles caídos. Estas palabras iniciales podrían anunciar la redacción de un nuevo libro apoteósico. Yo mismo me ocupaba de ellas, no podía permitir una vez más que el mundo se deshiciera con las palabras, ya que éste era el único atributo del hombre: anular el significado de las cosas que él mismo nombraba. Se debe tener cuidado para no escatimar ningún error. Aunque es seguro que vendrán nuevos errores. También elegí mi nombre con cuidado. El herrero de las sombras, famoso por descubrir los huesos de dos cíclopes siameses, prefirió no revelar a nadie dónde aprendió a descubrir las leyes de la materia. Los vientos seguían jugando con la sangre dormida del amanecer, el desierto con su manto de arena ondeando suavemente, los alacranes anulando la casualidad de los sobresaltos. Cuando las calamidades mendigaban en sueños, los alientos formaban sus contenedores de arena caliente y yo observaba, un poco de lejos, cómo esas formas domesticaban sus sombras, para crear dos mundos equivalentes en su distancia interior. La luz goteando con sus licores nocturnos, la embriaguez del esmalte de uñas que acentúa los perfiles, era como si fuese necesario mirar dos veces cada espacio de frente. Aun así, en muchos casos era imposible crear los contornos que vestían las almas perdidas, los disfraces del mito, la lujuria secreta de la imaginación. Cualquiera que haya caminado por la piel de mujeres jóvenes, colgadas bocabajo en la madera desgastada por la luz, sabe que los mosaicos tienen idénticas formas de contener imágenes en sus granos de arcilla. Me ocupé de indagar en el cansancio de sus cuerpos, de visitar el abismo incluso antes de sus descubrimientos, de esconderme en los pliegues del tiempo, rompiendo el ritmo, cuando era necesario, de los aforismos que permitían que la historia no se repitiera.

Había una criatura entre nosotros, famosa por dejar la fuerte impresión de una sonrisa trágica. Durante mis viajes en el tiempo guardé los manuscritos de un libro, que permanentemente escribía, en el cajón de un viejo armario; notas que coleccionaba en dondequiera que estuviese: pasado, presente o futuro. Las cosas no reveladas se alimentaron de muchas otras que aún no existían. Esta ordinaria abominación, que había cautivado a tantos, reunió a un grupo de copistas que reprodujeron mis palabras y las hicieron circular por la ciudad y sus alrededores.

Los textos se fueron mezclando con imágenes y fórmulas; las soluciones que creía haber encontrado para ciertos padecimientos dialécticos se transformaron en técnicas de martirio, en mutaciones putrefactas, en archivos de psicopatías contagiosas. Escondidos en mi maleta, terminaron difundiéndose en una de las épocas que visité. Cuando noté la influencia de sus efectos, no pude hacer nada más. La sociedad de aquella época estaba condenada a una impunidad devastadora. Luego regresé a casa en medio de un aguacero con su inconstancia de espejos gravitando en la fría noche. Me deshice de mi ropa mojada, me acerqué al cristal de la ventana, una luz parecía flotar como un pequeño bote bajando por el río. Pensé que debería desaparecer por un tiempo. Todavía no había perfeccionado mis cálculos sobre la dosis correcta de oxígeno y otras emanaciones. En las prisas algo se me escapó en los manuscritos, la letra ansiosa, la seducción por las profecías, lo cierto es que algunas glándulas se estaban arriesgando en el paso de un tiempo a otro. Contemplé mi desnudez en el espejo y volví la mirada hacia la pequeña luz que repetía su ondulación. A su lado parecía haber una vieja mujer, o tal vez ella era la propia señal luminosa. ¿Cómo descifrar esta tendencia a la mutilación de las imágenes?



Quando la anciana soltó sus advertencias, quedamos cautivos de las sombras. Quizás era necesario calmar las lluvias.

Nunca se sabe con certeza cuánta agua será suficiente para ahuyentar al fuego que emanaba de las letras de aquellos anuncios. Para muchos, los impulsos intransigentes recogieron apresuradamente sus cauces represados, sus escenas abandonadas y sus miserias indescifrables. Los mensajes tropezaron en la carrera. Ya nadie estaba interesado en los evangelios. Las letras se desmoronaron como una tormenta destroza las visiones. Poco a poco nos olvidamos de quiénes éramos.

Se predijo que hay ciertos puntos en los que la visión sería más resistente a sus conflictos de identificación. ¿Serán siempre los dioses gigantes? Las tradiciones, ¿ocultas? El amor, ¿arruinado? Los misterios son como libros secretos que nadie supo escribir. Entonces, ¿a quién debemos confiarle los secretos del universo? En ese momento decidí cortar mis pergaminos y desechar la ciencia incierta de su abuso. Que la humanidad encuentre una manera de liberarse de sus perturbaciones. Ya no me dejaré arrastrar al atolladero de vuestros valores pospuestos. Ya no me interesan las guerras atómicas, el refugio de las levitaciones ni el inconformismo de los mitos.

Dejaré que el día vague dentro de mí.

No tengo intención de estar aquí cuando me despierte.

ITAKO, LA SACERDOTISA DEL MONTE OSORE

En el preciso momento en que Ambroise Drouet se atragantó con el último suspiro tuvo la certeza que algún día atravesaría los pantanos para venir a visitarme; sólo era cuestión de tiempo. Él intuye que aquí no hay espejos que constaten la inexistencia de su fulgor. La ausencia de su propia imagen, como si se tratase de una foto rota en infinitud de pedazos, borró de su memoria los rastros de su propio rostro. Una forma de asesinar su recuerdo al dejarlo tirado en la galería de los reflejos en la que solía pavonearse con su sombrero de plumas mientras hacía la corte a las queridas del rey Soleil. La capa blanca de plomo, con la que cubría su rostro, le había quemado la piel y fragilizado los huesos. Una máscara Namahage, que un ceramista de la provincia de Oga le envió cuando supo que su piel desaparecía como si fuese el humo de la montaña de Osore, ocultaba el derrumbe de sus facciones. Su lucha contra el tiempo le arqueó la columna y los dolores de una antigua artritis le flagelaron su pierna derecha; un viejo bordón le servía para dar algunos pasos y así fingir que aún era el rival de Casanova; aunque toda la corte era consciente que los pasos del minué ya no lo acompañaban y que la música del clavecín ya no acariciaba sus oídos. El tiempo se encargó de ponerle sombras a sus ojos por lo que al andar tropezaba con todos los objetos que se le atravesaban en su camino. Sin embargo, Ambroise Drouet se negaba a aceptar los estragos del tiempo. Él, que conocía todos sus secretos y que en alguna de sus tantas vidas construyó un carruaje con el que viajaba al pasado y al futuro, ya no entendía que era sólo cenizas de un antiguo esplendor.

Traté de decírselo muchas veces. Lo visitaba en sueños, caminaba delante de él, le daba la mano cuando se caía mientras todo el mundo se reía a sus espaldas. Los falsos aduladores le ponían zancadillas o lo empujaban por las escaleras de Versailles. Las meretrices de las callejuelas oscuras e inmundas le robaban su magra bolsa mientras le hacían gestos obscenos que él ya no

veía. Yo danzaba ante él como lo hice hace cientos de años en el ritual de esponsales con el dios que es también mi maestro y al que dedico mi vida. Si bien intuía mi presencia me daba la espalda y cerraba los ojos. Un día ya no pude acercarme a su camastro puesto que su cuerpo fatigado fue lanzado a una fosa común en un antiguo cementerio merovingio; aunque algunos cuentan con voces apagadas que sus restos descansan bajo los millones de osamentas apiñadas en las catacumbas parisinas.

Los inviernos se sucedieron los unos a los otros, rara vez veía el sol y su imagen abandonó mis sueños hasta hace un instante en el que escuché como sus pasos lentos y sordos se acercaban al pantano que rodea al río que pasa junto a nuestro templo. El olor a azufre penetró con una fuerza inusitada por cada resquicio de las paredes de madera, me quemó la nariz y la garganta; salí al corredor y una espesa niebla me impidió ver la montaña del Osore.



Este año la puerta de mi estancia se abrirá sólo al peregrino que deshizo los noventa y nueve nudos que lo ataban a la cola del dragón que dormitaba desde hace doscientos años. Al desatar el último nudo una de las escamas del viejo Dilong cayó al suelo y su ronquido apacible dio paso a un aullido de dolor que se escuchó en todo el inframundo e hizo temblar al Monte Osore. El eco de su grito retumbó en todas las laderas, penetró en mis oídos y me impidió volver a dormir.

Al levantarme constaté que el viento glacial de la montaña entraba por cada rendija de las paredes del templo y tomaba posesión de las estancias dedicadas a los dioses. El fuego, por su parte, se extinguió antes del amanecer; sabe que no es bienvenido en estas horas que preceden a las nupcias entre las nuevas adeptas y las deidades invocadas para que las posean en un ritual que imita la danza de las libélulas cuando se aparean. En estos días las vituallas son escasas y la sed no debe ser aplacada del todo.

Al rayar el día deslicé mi kimono blanco; un ajuar necesario para el ritual de tres días en los que serviré de médium entre los que se han ido de este mundo de apariencias y los que aún respiran sin sucumbir al aire envenenado de Osore. Esta vez será diferente. Puedo escuchar los pasos sigilosos de decenas de peregrinos que se acercan al río donde esperan subir a la barca que los traerá hasta esta orilla. Cada uno de ellos trae una pequeña bolsa con nueve monedas necesarias para el pago de la travesía. Vendrán con sus preguntas temerosas y con sus ofrendas con las que esperan escapar a la ira de algún antepasado molesto porque ya no se inclinan ante su altar. Conozco sus voces y puedo identificar a cada uno de ellos por el aliento que emana de su boca al inclinarse ante mí para obsequiarme flores.

Lo que no saben es que las jóvenes novicias tienen órdenes de cerrar todas las entradas visibles del templo. Los peregrinos podrán gritar hasta el cansancio, luego terminarán por embarcarse de nuevo, rumbo a sus vidas grises y sin sentido. La única puerta que se abrirá es la que da al sur; y Ambroise Drouet la conoce por haberla soñado miles de veces; bastará un parpadeo para que pueda atravesarla. Yo estaré del otro lado del umbral para acompañarlo a mi pequeño altar.

LA PUERTA MÍTICA DE LOS SUEÑOS

La forma del cuerpo no está determinada por sus motivos. Puede escabullirse y saltar incluso antes de comprender el principio de estos movimientos. La forma del cuerpo no recibe en sí la ciencia de los números sino de los elixires. Todo lo que conforma el cuerpo es una magia que se divide entre lo que el impulso crea y lo que percibe en la exaltación de lo que representa. Pude encontrar a Itako mucho antes de que la formación rocosa de Osore y de su espantosa reputación se hiciera leyenda y antes que los espíritus de los muertos rechazaran la comunicación con los supervivientes de la explosión que desgarró la tierra en innumerables islas. Los primeros habitantes creían que era posible tocar el sol. Cantaban sus canciones sólo con la imaginación mientras corregían los efectos que dejaban los pequeños eclipses que se desprendían del cielo como talismanes. Posiblemente Itako todavía no sabía para qué fue creada. La negrura de su mirada era una benevolencia divina, aunque ella desconfiaba de las efigies que no eran necesarias para la oración. Ni siquiera sospechaba la riqueza de su casa ascendente, donde la luz ciertamente la rodeaba de un secreto que encierra mil venturas.

Todavía no sé si acudiré a ella o si me exiliaré por un tiempo en el bosque de Aokigahara con sus demonios líquidos y los símbolos reforzados de sus desacuerdos. Quizás habría un mejor retiro temporal para protegerme de las maldiciones que se generaron con mi muerte. Quizás entre estos monstruos furtivos, tan llenos de profunda armonía con la densidad icónica de una tierra sin fronteras, donde Aokigahara lanzó el hechizo de sus lámparas azules e inutilizó la enemistad y las brújulas, la medida en que ella, con su mar de árboles, un día pudo comprender las palabras que Aristóteles dejó pendientes en su memoria: *El hechizo mágico no se opone al globo terrestre, o algo parecido, para que pueda lograr lo que logra; lo único que hace el hechizo es depositar la esperanza en el dios supremo, para que devuelva la materia proyectada a un punto de la tierra.*

Por eso, antes de mi nuevo encuentro con la sacerdotisa del Monte Osore, tuve que vencer la voluntad impecable y probada de ese ser supremo que por alguna razón definió que sólo podía ocupar mi condición transgresora de tiempo y espacio aceptando que las palabras sólo se escuchan cuando están de acuerdo con el hablante.

LAS SUCESIVAS MUERTES DE UN ALQUIMISTA

Tres veces fui condenado a muerte en la horca. En la primera de ellas, cuando la cuerda ya se había enrollado alrededor de mi cuello, cerré los ojos, reuniendo las fuerzas que me quedaban y me transmuté para el día de mi juicio. El suelo golpeado levantó el polvo de la revuelta de los presentes. La mirada del juez reveló que la sentencia ya estaba decidida. Aceptó la escandalosa verdad de alguien que podría viajar en el tiempo. Yo mismo no entendía muy bien cómo eso era posible para mí. Pero juzgar esto como un acto criminal y ahorcarme por este motivo me parecía inaceptable. Sin embargo, la determinación del juez no fue diferente: muerte en la horca. En el segundo intento de llevar a cabo la deliberación falsificada se escuchó una explosión y posteriores disparos. El cadalso estaba situado en el patio central de la prisión que estaba siendo invadida por encapuchados decididos a liberar a uno de los suyos, el atracador de bancos Gordon Blank. En medio de la confusión mi muerte fue pospuesta. Cuando finalmente se produjo la condena, se abrió la trampilla, sentí caer el peso de mi cuerpo, colgando del cuello, y el primer momento de pánico pasó cuando tomé mi último aliento y me di cuenta de que seguía allí, de pie, observando mi destino físico. En este último intento finalmente me di cuenta de que podía seguir transmutando a cualquier dimensión, excepto que ahora lo haría sin que nadie se diera cuenta.

Después de mi tercera muerte comprendí que en mi primer paso por el mundo fui un alquimista; lo que me permitió descubrir los secretos de la trasmutación del oro y descifrar los arcanos de la piedra filosofal. Estudios que me develaron la fórmula de la vida eterna. Nicolas Flamel era mi nombre profano. En poco tiempo amasé una fortuna que sirvió para que los constructores de las catedrales góticas terminaran la más famosa de ellas, Nuestra Señora de París. Para evitar que la puerta de mi casa se llenase de mendigos sucios y desdentados me oculté bajo la apariencia de un notario con escasa clientela.

Evité hacer alarde de la riqueza que fabricaba en el sótano de mi casa; nadie conocía mi laboratorio; y si alguien lo hubiese sospechado muy posiblemente no sabría que se tramaba en los túneles de vidrios que lo poblaban. Los alquimistas éramos muy pocos y el silencio y el secretismo hacían parte esencial de nuestro gremio.

El exceso de confianza me hizo creer que contaba con la protección de los frailes. La ingenuidad también asola a los hombres notables. Es una peste que puede atacar a cualquiera. El monje que me delató era un personaje bastante siniestro, le gustaba vagar por los subterráneos de Notre Dame oculto con la capucha de su sotana; era cojo y jorobado; y a pesar de esas características físicas nunca fue el antepasado del jorobado que se enamoró mil años después de Esmeralda. Si bien los laberintos conducen siempre al mismo nódulo hay muchos caminos para llegar a él.



ENCUENTRO DEL AHORCADO IMPRUDENTE CON LA CIEGA VIDENTE

Con el enigmático paso del tiempo, las muertes adquirieron un aspecto casi natural. En una de ellas vislumbré una sombra desnuda, Itako, frente a una puerta donde posiblemente me estaba esperando. La saludé con la mano y ella respondió al movimiento del aire, con una expresión curiosa de alguien que recién estaba sintiendo una presencia. Por un momento había olvidado que ella era ciega. Los ciegos danzan en el abismo, ajenos a sus bocas hambrientas y a las piedras sin labrar de sus tramas. Las personas ciegas consideran que las apariencias son un resumen aburrido de la realidad. Los ciegos se muestran reacios a aceptar los designios de las alegorías. Sólo ellos pueden leer los poemas antes de escribirlos. Fue en ese momento exacto que me di cuenta de que Itako identificó cuándo mis ojos cruzaron la puerta y se posaron en la naturaleza de sus augurios. Los peregrinos esperaban que ella comenzara a hacer audible lo invisible, compensando el dolor de algunos que aún sufrían la ausencia de sus muertos. Esa mujer era un eje cósmico que conectaba entre sí a testigos de otros tiempos. La saludé una vez más y ella parecía concebir nuestra unión en otra estación deseada. Algunas voces relataron un mundo sorprendente de elementos desconocidos entre sí. Las figuras tomaron vuelo como una manifestación de fuego cuando Itako aparentemente abandonó su cuerpo. Y fue precisamente en este inicio de transmigración cuando finalmente logró verme.

— Mi ropa está cansada. Imagino que tu condición flotante es una emanación que aprendiste a esbozar al separar los tres niveles del universo. Los peregrinos que me visitan ignoran que los muertos hablan dentro de sí mismos, una especie de exaltación de la imaginación, sobre la cual no tienen control. Me arrastro por su inconsciencia y dejo caer en sus oídos un elixir de sonidos enmarañados, una intoxicación de memoria que poco a poco recupera algunas huellas del olvido.

— Los peregrinos se encuentran en una encrucijada entre la vida y la muerte. Los veo como epilépticos en una línea divisoria, arrastrados por espíritus malignos a los que no temen porque no saben el daño que podrían causarles.

— Intento decirles, plagiando voces que considero oportunas, que las encrucijadas duran tanto como las ofrendas. Son como vasos donde se deposita el dolor, las ramas del sufrimiento, los destinos sacrificados humedecidos con la sangre de sus víctimas. No hay forma de escapar del culto a sí mismo.

El espíritu de Itako continuó en su forma sagrada de revelarse. Me quedé fascinado como si me hubiera enamorado de su meditación. Yo, el ahorcado imprudente, que había descubierto ser tantos en momentos tan diferentes, estaba ahora allí, frente a una mujer ciega que no necesitaba morir para ausentarse de sí misma. Tuve que extraer tiempo de mí mismo, masticar la correspondencia de todas las letras, sus colores renunciando, tragarme los vientos y dejarme enredar por las ataduras del vértigo. ¡Cómo no amar a Itako y su práctica de injertos de la realidad!

OLOR A MADERA AHUMADA

Ambroise y Villon son los únicos hombres que me han visto desnuda. Ambroise en el momento mismo en que su verdugo apretaba el nudo de la soga que lo dejaría pendiendo en el aire y Villon cuando desataron el nudo con el que lo iban a ahorcar y le dijeron que corriera mucho porque si lo atrapaban una segunda vez ya no tendrían ninguna clemencia con él. Ser la amante de humo de un alquimista y de un poeta asaltacaminos podría confundir a mis novicias que solo se entregan al dios escogido. La pasión y la lujuria son mis secretos más recónditos; no necesito divulgarlos a los cuatro vientos porque el azufre del Monte Osore podría carcomerme hasta el último pensamiento. Yo los visito en sueños. Cuando alguno de los dos me penetra levito y siento como el eje del mundo deja de girar por algunos instantes. Luego, cuando la muerte del guerrero los deja exhaustos, yo me acuesto a su lado y les canto en el oído antiguos poemas de las Damas de Heian. Visitarlos en sueños no impide que el olor de madera ahumada que llevo en el cuerpo los acompañe por varios días. Cuando despiertan me buscan olfateando como perros en celo; nunca se sacian de mí. Yo, en cambio, puedo esperar un siglo antes de volver a visitar a alguno de los dos.

LAS DAMAS CANTANDO LEJOS

*Navegas en nubes nacientes / entre tierras nacientes / Una
mirada naciente calma / Donde mantener tu alegría / Oh,
espléndida ilusión naciente.*

LIQUIDACIONES DE LAS PRIMERAS RUINAS SIN NOMBRE

Estuve con Rajin Mabijan en la ciudad más antigua del mundo durante cinco millones de años hasta que un día admitimos que el reino animal se había convertido en una ínfima porción de lo que representaban las tablillas intraducibles olvidadas alrededor de tumbas vacías. Las parábolas guardaron los secretos de una tierra gigantesca, hasta que fueron ignoradas y expuestas a los visitantes en museos dedicados a la tradición de las ruinas. En uno de los refugios circulares de los que emergían cinco túneles equidistantes, fue abandonada la nave espacial que me había traído desde Venus y que pronto me llevaría a Abydos. El pasado, una vez hábilmente cultivado, ahora fue despojado de su legitimidad e incluso los faraones y el abad Moisés fueron implicados en la mentira de cada época en que los jeroglíficos son elaborados nuevamente para explicar el significado del dibujo de una nave espacial. Pequeños fragmentos de una ojiva, encontrados en una de las grietas resultantes de la guerra en Ucrania, demuestran la explosión de una bomba de hidrógeno de la era anfibia. No se permitió tomar ninguna fotografía. Los soldados que excavaron la región fueron hospitalizados y declarados alucinados gracias al efecto de un gas expulsado por un arma enemiga. La historia condenó y ocultó la evidencia. Mi don de transmigración, convertido ahora en virtud de la invisibilidad, me fue enseñando poco a poco hasta qué punto la civilización despreciaba las reglas naturales de la vida. Voltaire declaró una vez: *Dios nos ha concedido el don de vivir; depende de nosotros vivir bien*. Sin embargo, era imposible vivir bien cuando se nos niega el derecho a conocernos a nosotros mismos.

UNA CAMA EN EL BORDE DEL ABISMO

Y si bien Voltaire también afirmó que el optimismo es la locura de insistir en que todo está bien cuando en realidad somos miserables, yo prefiero el abismo que se instaló al lado de Pascal. Esa permanente presencia le impidió continuar con sus paseos al Puente de Neuilly en la carroza con seis caballos prestada por un conde. Para evitar el terror que le producía esa visión, Pascal ponía una silla al lado de su brazo izquierdo; un subterfugio válido sólo por algunos instantes; después era presa nuevamente del pánico a caer dentro de él; temía romperse los dientes y desaparecer en el fondo de sus entrañas. Ese abismo lo acompañaba incluso cuando dormía. La pesadilla, que se repetía noche tras noche, le provocaba episodios de fiebre y era entonces cuando clamaba por la presencia de su hermana; la única persona en el mundo capaz de aplacar sus miedos. Tal vez por eso Voltaire le escribió a un amigo que el triste Pascal murió loco.

Al igual que Blaise yo creo que si se me muevo en la cama ineluctablemente caeré al vacío y seré leña para alimentar un fuego que nunca se consume del todo. Mientras que él teme equivocarse al no creer en una existencia divina, yo estoy convencido que los dioses sólo existen en las mentes de hombres asolados por el poder de la férula papal. Aunque en mi caso no hay ninguna hermana presta a acudir en mi auxilio, ni ningún médico que me haga una sangría con sanguijuelas. Por fortuna Itako me espera en la confluencia de algún tramo de sueños entre el río Sanzu y el lago Osore-san. En el estado en que mi cuerpo está desde hace siglos poco importa el aire envenenado o el golpe en mi cabeza de las rocas calcinadas que caen como lluvia desde la cima del Monte Osore.

ITAKO

Antes de que vayas a Egipto quería decirte algo sobre la fertilidad de este abismo que oscila entre nosotros dos. Ciertamente podemos esperar un viaje que vaya más allá de la seducción de las contradicciones y que un sol negro se limite a las aguas de Osore-san. Deseo estar contigo como si juntos impulsáramos la formación de todos los símbolos, como si nuestras extensiones desérticas convergieran y cambiaran de apariencia. Doy la bienvenida al fuego, pero también quiero agua dentro de nosotros. Incluso cuando somos extranjeros o cuando estás ausente y ni siquiera en mi corazón puedo verte. Como extranjeros e invitados del momento acabamos disipándonos. No importa que estés en la Edad Media y que yo siga manteniendo vivo el recuerdo del *fat man* que arrasó Nagasaki. Sé que te diriges hacia el momento que posiblemente signifique el origen de esa destrucción. Cuidado con los restos de todos los hechizos que todavía están en formación.

AMBROISE DROUET

Hace mil años erro por el laberinto de Chartres; estoy atrapado entre sus callejones y sus muros, avanzo, retrocedo, doy la espalda, vuelvo a girar, me siento, me acuclillo, cierro los ojos y me sumerjo en las aguas que nos separan. Me crecen aletas y mis pulmones se convierten en branquias. Nado en el océano del desasosiego con la única certeza de tu presencia. Nombras lo indecible, nombras a Nagasaki. Lo que no sabes es que yo soy el fotógrafo del niño que caminó varias leguas con el cadáver de su hermano atado a la espalda. Cuando llegó ante la hoguera, en la que se cremaban a los miles de muertos por la bomba, se paró en frente con los labios apretados, sin una lágrima y sin parpadear. Me acerqué a él y le pregunté con desparpajo y sin respeto alguno si no era mucho peso para él; y me respondió: *—No es peso, es mi hermano*. Alguien detrás de mí se adelantó y desató las correas que ataban al pequeño cuerpo. Entonces el niño, estoico y valiente como pocos, dio media vuelta y se alejó sin mirar hacia atrás. Sentí que yo ya no era un fotógrafo, sino una mancha que ensuciaba ese espacio de dolor y de infamia. Desde entonces ese malestar, nacido de mi inconciencia humana, nunca me ha abandonado. La vergüenza es un peso descomunal que me ata a las profundidades del abismo. Sólo la evocación de tu existencia me da las fuerzas para nadar hasta ti. Este era el secreto más recóndito que escondía a tus ojos cerrados desde antes de tu nacimiento.

EL PRIMER VIAJE

En una época en la que no se permitían dudas y en que la razón definía hasta los moldes del asombro, la tierra parecía devastada por este poderoso gigante que soplaba constantemente sobre todas las elevaciones del espíritu.

Fue entonces cuando los conocí. Al principio no se pudieron revelar sus nombres. Sin embargo, se trataba de una precaución innecesaria, teniendo en cuenta que milenios después sólo quedarían algunos signos imperceptibles enterrados en los desiertos o en las ruinas de ciudades destruidas por las guerras. En mi primer viaje al pasado visité los cimientos de las más viejas pirámides, cuando el láser aún cortaba las gigantescas piedras y pronto se produjo el milagro de la levitación. En su construcción, la magnífica destreza fue parte de una mecánica indescifrable de los bloques de piedra que se pegaban entre sí, sostenidos únicamente por la gravedad. No había varillas mágicas ni morteros posibles para permitir esa unión. Esa no fue obra de santos o demonios. Las religiones que vendrían después lo temerían porque desconocían la extensión de esos dominios. Uno de ellos me advirtió que sería prudente no revelar la naturaleza de esos esfuerzos.

Era necesario continuar como si la creación fuera de origen divino, aunque la inmensidad de sus logros ni siquiera podía aceptarse como resultado de hechizos. De esta adulteración de la génesis de los tiempos primordiales dependería la vida de los grandes sabios.



LOS APÓSTOLES DEL AGENTE NARANJA

*A la hora del alba
en el último segundo naranja
allí, donde el sol copula con la luna,
el aire se fracturó,
el naranja del horizonte
dio paso a multitudes de tonos amarillos,
rojos, azules, morados
mi cuerpo,
transportado por una fuerza titánica,
se elevó en el aire,
voló dejando tras de sí
los retazos de mi pierna izquierda,
el polvo se apoderó de mis pulmones,
mis ojos se extraviaron en una nube de detritos,
sentí como la tea, otrora mi cuerpo,
viajaba a la velocidad de la luz
y caía en el fondo de un abismo,
en el averno de la inconsciencia humana
Estaba a mil vidas del mundo que era el mío
¿Cómo regresar?
¿Acaso existía el regreso?
¿Qué caminos se toman en el aire,
cuándo siempre se ha vivido con los pies en la tierra,
en el lodo, en las arenas movedizas?*

Algo dentro de mí me dijo que Itako estaba escuchando la historia del antepasado de uno de sus peregrinos. La voz que sale de sus labios bien podría ser la de Giang Bao, probablemente la primera víctima de la Operación Ranch Hand. Un poeta vietnamita fue devorado por el presagio de uno de los actos más cobardes de la historia de la humanidad. Itako sintió la necesidad de contar su historia.

EL SEGUNDO VIAJE

En el segundo viaje allí estaban ellos una vez más. Nos sentamos alrededor de una gran piedra suspendida en el aire, cuando me explicaron qué estaban haciendo exactamente allí y cómo eran posibles mis movimientos en el tiempo. A esa maniobra no se le aplicaron drogas ni ecuaciones, según ellos yo había sido elegido, pero me aseguraron enseguida que el azar había jugado un papel en este viaje —un azar que una vez me hizo encontrar a Léo Szilard cuando aún estudiaba las posibilidades de construir una batería atómica—, elegido por mi entusiasmo y mi carácter provocador, que ciertamente evitaría la creación de una mala vida a mi alrededor. Según ellos yo sería la persona que ayudaría a Herbert George Wells a escribir su libro *The World Set Free*. No podría engañar a nadie diciendo que la transmigración es hereditaria. No se trataba de mutación sino de desplazamiento de cuerpo y alma. Sin embargo, incluso si ese regalo me hubiera sido dado por ellos y el destino de mis saltos de una época a otra no estuviera determinado por mí, una vez más las evidencias tendrían que ser alteradas, y yo tendría que ser infiltrado en una sociedad científica y aclamado como el que inventó el viaje en el tiempo.

Pero, ¿cómo se viaja en el tiempo? ¿Se tiene en cuenta la rotación y la traslación de la Tierra? ¿Si inventamos una máquina que viaja al pasado, podemos prever el momento y el lugar teniendo en cuenta que la Tierra está en constante movimiento? O por el contrario, ¿se lo dejamos al azar como si se tratase de un juego de dados de dos beduinos sentados en un oasis del desierto de Merzouga? ¿Es el tapiz de Sherezada la primera nave para viajar en el tiempo jamás inventada? ¿Es el mecanismo desconocido del sueño el que nos permite viajar a otros universos, al pasado o al futuro? ¿Es el cine la verdadera nave del tiempo? ¿O lo son la literatura y la pintura?

Todas estas preguntas me asaltaron como si alguien me clavara mil puñales en distintas partes del cuerpo. ¿Acaso

no es la imaginación la verdadera y única forma de viajar en el tiempo? Hasta dónde sé la física cuántica aún no ofrece posibilidades para esta aventura espacio-temporal.

Todas ellas me atacan donde quiera que vaya. Un día nos sentaremos aquí y buscaremos una explicación para todo. El caso es que me dijeron que yo había sido una especie de agente elegido por las relaciones futuras que sabían que tendría. Según ellos, mi espíritu satírico, siempre provocador, podría ser de gran ayuda para que algunas evidencias fueran sorteadas y la realidad sobreviviera a su propia apariencia.

LAS ESCALERAS SECRETAS DEL DESEO

Las noches juegan con sus hilos, inventariando los monzones que desplazan hasta los sueños. Itako pareció levitar. Durante este período de lluvias no recibió peregrinos. Meditó sobre la fertilidad celestial que sentía en su piel. Hace mucho tiempo, durante sus paseos por el templo budista de Angkor Thom, se imaginaba a sí misma como Cibeles, rodeada de animales dorados que parecían descender del cielo. Reconoció en su corazón la naturaleza de cada uno de ellos. La lluvia se originó del espíritu de estas manifestaciones. Repitió como un mantra: *la lluvia me llena de miel, yo soy la tierra bañada de cielo*. Como ella también era la madre de todos los dioses, imaginaba que los había concebido en una sola noche bajo el cuerpo de Ambroise. Y luego sonrió, tratando de recordar cómo era posible que una mujer ciega le hiciera el amor a un fantasma. La lluvia ciertamente tuvo un efecto irónico en su memoria. Al ser una gracia recibida, la lluvia acabó mezclándose con la sangre de todos los seres y rodeó sus gestas de una nube de misterios delicadamente trazados con el lapislázuli de lenguas desconocidas. Las pestañas de Itako quisieron volar como un ceniztle que juntó sus alas movido por la inmortalidad de su canto. Aquella mujer encendió un ritual sonoro capaz de resumir todos los tiempos en un solo mandala, con su complejo círculo y sus infinitas casas. Ambroise estaba suspendido en el centro de esa imagen. Su cuerpo traslúcido hacía suponer que la lluvia sería testigo de una emoción sin igual. La lluvia y sus aguas primordiales extendieron las manos de Ambroise como gestos de adoración. Cuando los cuerpos se juntaron no había señales de sumisión ni de humildad. La ciencia de los argumentos se dispó, al igual que los embriones de la compasión y los planes dialécticos de todas las sectas.

Las letras se preparan para la ceremonia de tallado. Sobre la piel del aire, como pájaros traslúcidos. En el cuerpo de las sílabas que ellas seducirán hasta la formación del imperio de sus colores. La pequeña Nagiko sabe que debe sentir las como

miel en su lengua. Y el delicado clítoris de sus cortesanas deberá recoger las palabras que algún día constituirán el diario de la corte. Los hilos de tinta que brotan de sus finos dedos siembran los placeres animosos de aquellas mujeres que son codiciadas por muchas otras, tal vez por ser las damas de Heian. Una noche tuvo un hermoso y delicado sueño, con letras y sílabas y las primeras palabras de miel que aparecían en el cuerpo de Nagiko mientras las escribía. Itako ha creado poemas fruto de las relaciones íntimas que mantuvo con sus cortesanas. Había un germen de delicadeza en el azar, en la disputada flor de sus poemas, de una variedad de imágenes que transmitían todos sus sentimientos. Luego escucha a Nagiko leer: *Tus pezones deben ser ojos mágicos que me permiten vislumbrar la existencia de otros mundos. Como los primeros signos luminosos de dos jóvenes montañas que nacen en tus pechos, las sílabas comenzaron a mencionar las pausas de mi deseo.* Imaginemos que este sería uno de los pasajes escritos por Ambroise en sus notas sobre su encuentro.

EL IMPERIO DE LOS SENTIDOS

Itako no olvidaba la larga tarde de un verano ya lejano en la que Ambroise vio por primera vez *El Imperio de los Sentidos* mientras le acariciaba el clítoris. Itako no podía ver las imágenes de Nagisa Ôshima, sólo las intuía; y sobre todo, escuchaba atentamente los diálogos entre Sada Abe y Kichizo Ishida. La atmósfera cargada de erotismo se adueñó de Itako y de Ambroise. Itako se alejó unos instantes para regresar luego con varios huevos de porcelana de diferentes tamaños y decorados con imágenes de los Genji-e. Cada huevo que navegaba por su estrecho conducto le producía un orgasmo más largo y potente que el anterior. Ambroise entendió en esa tarde canicular que todo lo experimentado antes era únicamente un juego de aprendices. Entonces supo que su destino era ser un pez y navegar para siempre en las profundidades de Itako. Y al ser un pez está viajando nuevamente rumbo a ese único puerto que ansía. Itako lo sabe.

ÁTOMOS ALMACENADOS EN UN VASO

Por donde pasan los peces, explotan minas donde los antiguos escondían los secretos de los truenos y los relámpagos. Esa electricidad hizo que Itako se sintiera dos mil años antes de cualquier tiempo y luego descubrió, de un solo golpe, el golpe de la escritura, el trazo del movimiento frenético de los peces, la era atómica que llevaba dentro, los átomos almacenados en el vaso hasta ahora irrompible de su deseo. Quizás estaría de acuerdo en que en algún momento ese banco sería confundido con una serpiente negra que socavaría las leyes del equilibrio. Ambrose también le había mostrado los prodigios inferiores de otros cardúmenes, el ocultismo o la hechicería, todo entraba en sus labios camino de sus cuevas más confiables.

LOS SUBTERRÁNEOS DEL TEMPLO DEL MONTE OSORE

Un subterráneo es siempre una derivación de un laberinto; y cuando se dice *laberinto* se dice extravío. Sus interminables galerías se hicieron en las sucesivas explosiones que anidan en su interior; aunque la última data de diez mil años atrás. El fuerte olor a azufre envenenaría a los neófitos que trataran de internarse en él. La única que nunca se pierde, ni se sofoca con el aire malsano, es Itako. Ella conoce sus enigmas más recónditos. En cierta forma Osore-san es su hijo nacido antes que ella y que todos los dioses que lo habitan. Ellos dos están unidos por un cordón umbilical que nunca se cortó; se alimentan el uno al otro; la respiración de uno es el oxígeno del otro. En las largas noches de invierno Itako desciende hasta sus profundidades y se duerme acunada por la música de los ríos subterráneos. Ellos le cuentan antiguas leyendas. Itako no les teme; para ella son sólo pequeños riachuelos en los que sumerge sus pies cansados. Es en uno de esos riachuelos por los que nada hasta ella su amado Ambroise convertido en un *pez-dragón*. Osore-san lo sabe y por eso lo acepta en sus entrañas.

EL BIG-BANG REBOTA EN LAS PAREDES CALCÁREAS

Ahora sabe. Cuando se sintió tocada por su amante fantasma, cuando lo vio en sus incomparables movimientos, su piel exaltada como una biblioteca de títulos amorosos, Itako comprendió que todo éso sólo sería posible en la tinta ingeniosa de un sueño. Como las ciudades subterráneas de Tiahuanaco o Sumeria. Una traducción de sus leyendas donde prevaleció el trazo de los mapas antes del gran sumergimiento. Las líneas fragmentadas de sus manuscritos. Su cuerpo concebido como la desconcertante elegancia de unos cajones que hablaban innumerables idiomas. Itako y los pergaminos se mantuvieron abiertos a medida que las edades convocaban a nuevos personajes. Los amantes sabios que irían más allá de la tinta, cuya letra compuso el guión de las civilizaciones. Sólo en un sueño como éste podría Itako recuperar la capacidad de su visión y sentir el cuerpo de Ambroise tocando el suyo, explorando sus páginas, recreando el diario íntimo de sus entrañas.

Las sucesivas explosiones imitaban un antiguo Big-Bang y alumbraban las cúpulas de las galerías subterráneas; cuyo eco rebotaba por sus paredes calcáreas. El resultado era un concierto de música desconocida por todas las civilizaciones que desfilan en el devenir del tiempo. Las luces completaban el espectáculo que recordaba el origen del universo. Itako obedecía a sus sentidos que la guiaban a través de los túneles que se abrían ante ella a medida que las luces los inundaban. Ella, el ama del mundo, sabía que ese concierto era una ofrenda prodigiosa que Oso-re-san le hacía.

Pero Oso-re-san era también el dios de las ilusiones. Ese castillo de los encantos explosivos. Las ilusiones son recíprocas. Sólo son posibles en un teatro donde los títeres bailan con sus maracas. Un espacio en el que el colectivo está formado por máscaras que llenan sus almas errantes. Carl Einstein argumentó que las máscaras eran *éxtasis inmóviles*. Sin

embargo, sólo ocultan algún significado cuando están cubiertos de movimiento, ya sea una iniciación orgiástica, una ceremonia de hechizo o un ritual de caza. Las máscaras son un cautiverio de monstruos. La catarsis de arquetipos peligrosos con su persuasión de mitos fabulosos. Controlado por su máscara, el hombre sólo tiene acceso a dispositivos teológicos.

EN EL CENTRO DEL MUNDO

El templo dedicado a Osore-san, y a todos los demás dioses, es el axis-mundi. Sus techos a dos y a cuatro aguas son la representación de las columnas que sostienen el cielo y por las que Itako y sus novicias pueden pasar de la tierra al cielo. Las entrañas donde corren los ríos de azufre son la representación del mundo de los muertos. El templo, al estar ubicado en el centro del mundo divino, creció en círculos concéntricos invisibles a los ojos de los peregrinos que lo visitan cada año. Lo que ellos no saben es que sus tentáculos se extienden hasta sus ciudades, barrios, casas y apartamentos. Cada uno de ellos vive en un ataúd sin siquiera sospecharlo. Creen que sus pasos son libres cuando en realidad sólo pisan las huellas de los antepasados. Sus vidas están ritmadas por milenios de pesadumbre y de hastío. Pocos han escapado a sus cadenas invisibles. Basho es uno de ellos. Tal vez porque su voz le servía de eco al viento mientras que sus ojos registraban la caída de las hojas en el otoño.

*La luna llena es una cama con mil ojos abiertos.
Las hierbas temen por la sangre de los guerreros muertos.
En el vaso de sake la noche se olvidó de despertar.
Los cantos de las rocas imitan a las cigarras.
Los diamantes contienen en su interior el rocío del mañana.*

Basho permitió a Itako descubrir otras imágenes en sus versos. A veces incluso se reía de sus hallazgos, como si la propia lengua de Itako, en el apogeo de su improvisación, fuera la varita voladora de Taj Shiva.



TOCATA Y FUGA

Una noche mi sombra y yo nos quedamos fuera del tiempo. Debido al impacto de la caída, ella se había desprendido de mi cuerpo. Sin embargo, no parecíamos desiguales. La curiosidad de verla separada de mí no me parecía que ella me considerara simplemente como la biografía descartada de un maldito. Las calles permanecieron abiertas durante nuestra caída. El espacio era más aburrido que licencioso. Y algo en mi sombra me dijo que buscaba peligro, como el sueño laberíntico de alguien confinado en el vacío. De alguna manera escuchamos el clamor de las voces nocturnas, ocupando la parte superior del abismo. Permanecemos en silencio, como invitados de lo sobrenatural. Voces iban y venían, con pequeños chispazos que tal vez querían romper nuestro silencio. Por un momento pensé que habíamos llegado al paisaje desértico del olvido. Mi sombra agitó sus brazos como si intentara abrazarme, como si yo fuera su visión caótica del fin. ¿Quién querría ser el acorde final de su propia ilusión pasada? ¿Quién vería en el prodigio de su locura la sombra colgante de su espejo fugitivo? La caída pareció advertirnos que las ruinas de aquel oscuro escenario tendrían como consecuencia hacernos ir y venir en la genealogía de todas nuestras hazañas.

Me pareció el momento oportuno para deshacer la pesadilla a la que me habían sometido. Mi vida tomó la forma emancipada de los cinco elementos. Como si un mandarín disfrazado decretara cuáles serían mis pérdidas y cuáles serían eventualmente mis ganancias. Como si las bulliciosas imágenes que saltaban ante mí fueran una descripción de las renunciadas místicas de mis guías. No era mi sombra la que ahora proponía un suicidio masivo de estos espejismos. La monstruosa presencia del horizonte enfatizaba que nuestra imaginación debía buscar un camino intransitable; como la selva crecida en un sarcófago anónimo o el simulacro de rocas que rompen el himen del cielo. Ahora debemos ser el panteón más antiguo de la tierra, habitado por la ausencia total de

dioses. Un suburbio infernal, con sus virtudes impredecibles. El viento furtivo que obliga a la vela encendida a besar la sábana donde la sombra acababa de escribir las primeras letras de su memoria. Me quedo en silencio. Observo mi pasado como si estuviera editando los fotogramas de una película. Siempre intentamos hacer de la mentira la verdad más bella. La realidad es un privilegio de las musas. Yo no envidio a las mías. Aunque sepa que no me convertirían en la retórica de un cadáver. Las fábulas son el refugio de los nómadas. No hay entre nosotros infieles ni fugitivos litúrgicos. Pero en algún momento —la sombra acaba por persuadirme— habrá que decir lo que pasó.

EL AVERNO DE LAS REPETICIONES

En diciembre de 2019 los demonios comenzaron a levitar. Incluso se convocó a varios aprendices para que prescribieran el gran vaso de los azotes. Todos los íncubos se revolvieron en el caldero de las mutaciones. Nadie pudo detener el roce de estas muertes. A la sombra del vuelo inalcanzable de un pangolín, mi vida fue destruida una y otra vez. Al observar el terror caricaturizando sus pasos, cualquiera llegaría a la conclusión de que el hombre siempre ha sabido preparar los caldos culturales que poco a poco difundieron las civilizaciones. Ahora una vez más mi sombra, agrandada y tendida sobre el vasto territorio donde fueron depositados los cadáveres infectados, me dijo que siempre éramos una amenaza para los señores de la torre. Siempre será necesario evitar la reproducción de nuestros semejantes. Sólo los espíritus perturbados deberían ser mantenidos bajo vigilancia en sus trabajos forzados. A ellos se les asigna la construcción de laboratorios de drogas, templos de devoción, para ellos los almacenes del éxtasis controlado, los contenedores donde el sexo a la carta recorre el planeta, para ellos el guión subliminal de las distracciones y el arsénico de las ilusiones.

Un lugar de honor para quien observa todos los crímenes de lesa humanidad. La opulencia de los mil disfraces del botulismo. La falsificación del infierno en la magia apasionada. El aislamiento experimental de los afectos. Elixires de dopamina. El fraude científico de los fantasmas hechizados durante mil noches seguidas. Leí los pergaminos con todas estas fórmulas. Durante mis viajes en el tiempo, los términos cambiaron, incluso la naturaleza de la aplicación, pero las fórmulas eran las mismas, sin importar qué nuevas sustancias se enumerasen. Bajo la tenebrosa mezcla de viejos combustibles renombrados, el sol siempre iba en la misma dirección, la alquimia pasó por las manos de Moisés, Genghis Khan, Merlín, magos, emperadores, místicos, talismanes, dieron larga vida a todos los artífices de la muerte. Por eso esa noche en que mi sombra se separó de

mí, finalmente pude darme cuenta de que no había robado el fuego sagrado de la transmigración. Que mi verdadero delito fue compartir el conocimiento real y que el tiempo no era más que un viejo reloj de metal que determinaba el comienzo de cada uno de nosotros: el averno de las repeticiones.

LA CAIDA

A Ambroise le ocupó varias vidas y varios cientos de años, tal vez miles, saber que la existencia humana nunca saldrá del averno. Sólo fue cuando adoptó el nombre de Jean-Batiste Clamence que pudo comprender que ésta fue concebida como una eterna caída. El suicidio de la prostituta, al que asistió sin hacer nada para impedirlo, lo indujo a recorrer los canales de París y Amsterdam preguntándose qué eran exactamente la vida y sus infiernos. Él sabía perfectamente que en el agua estaban las respuestas a todas las interrogantes pasadas, presentes y futuras. De ahí que en alguna de sus tantas existencias hubiese adoptado la de un *pez-dragón*; tal vez porque en el fondo de los océanos no hay sombras que lo persigan. También sabía que las sábanas limpias, con las que cubría su cama, no le impedían ensuciarlas con sus pies llenos de barro y excrementos. Las noticias malsanas de los periódicos se adherían a su piel y la ensombrecían; no sabía si era por la tinta utilizada en cada tirada o por los acontecimientos narrados. París ya no era una ciudad de cinco millones de habitantes sino de siete. Un dato que le erizaba los vellos de sus brazos y que lo indignaba hasta el punto de pensar que lastimosamente los hombres y las mujeres seguían follando y procreando. Tal vez por eso ahora se denominaba a sí mismo *Juez-penitente*. El mismo se juzgaba y luego se condenaba. Asumía la condena dictaminada con la cabeza gacha, dispuesto a ponerla debajo de la guillotina. Tal vez por eso siempre consideró que el más grande inventor de todos los tiempos era precisamente ese médico burgués y bastante culto de nombre Monsieur Guillotin. ¿Un hombre que propone una muerte expedita, sin sufrimiento, y sobre todo sin distinción de clase social, no es un verdadero cristiano?

Entre condena y condena Clamence repetía siempre una frase que podía cambiar con la luz del día o de las estaciones: *Holanda, más que un país de mercaderes, es un puerto que se abre al océano y en el que navegamos hasta las islas de Cipango donde la gente se suicida siguiendo el ritual del seppuku en*

aras de conservar su honor. Por eso admiraba y leía sin parar a Mishima. Los canales de Amsterdam le recordaban los ríos de azufre del Monte Osore por lo que sabía que los unos y los otros eran los ríos subterráneos que conducen al averno. El único lugar que ansiaba y necesitaba. Fue en uno de esos momentos cuando percibió al interior de una vitrina mal iluminada la sombra de una mujer que había visto innumerables veces en sus sueños; una mujer con ojos rasgados como las líneas del horizonte; una mujer cuyo nombre le recordaba uno de sus tantos regresos a Ítaca. Sólo que en esos regresos no había ningún perro que lo olfateara ni lo reconociera, no había ningún Argos que meneara la cola. Era entonces cuando se enfrentaba a su propia y profunda soledad y a la caída ineluctable que le estaba deparada desde siempre.

LA PLAGA

Durante el período en el que encarnó el personaje central de una querrela filosófica, que alertaba sobre la influencia del mal en la literatura, el rebelde Jean-Baptiste aludió, en muchos de sus manuscritos, al modo infalible en que ascendía el mal social. No era un lienzo pintado con las tintas de la deriva, los desvíos, la trompeta de la jactancia, nada. Allí nos encontramos devorados por una bestia corpulenta, cuyo único rastro que dejó fue la inagotable proliferación de campos sagrados por todo el planeta. Jean-Baptiste se indignó por lo que consideraba el gran fracaso de Guillotin: no haber aprovechado la defensa de una muerte sin sufrimiento para evocar la dignidad del fuego y su condición higiénica. Luego imaginó que los cementerios existentes podrían ser devastados, dando paso a la construcción de parques y viviendas para un mundo cada vez más lleno de una masa humana desesperada que no tenía dónde vivir. Quizás así podríamos evitar la progresión de parodias del infierno que vimos surgir en infinitas ciudades. Y la fantasmagoría banal de tanta literatura zombie. Nada en el mundo es más ambivalente que la moral. Sin embargo, Ulises nunca volverá a casa. Ningún judío declarará jamás su riqueza. Las vírgenes dan un nombre falso cuando se inscriben en orgías, ya que siempre han sido damas de humor variable. Ante las autoridades, todos los pecadores son inocentes convencidos. Son raros los poetas que rechazan el privilegio del genio. La soberanía olvida todo lo prometido a sus fieles necesitados. La libertina Calipso sigue alimentando al sol con falsas alegorías. Jean-Baptiste lidera un grupo de suplicantes que piden la extinción de los campos santos. Siempre les recordaba: *todos somos casos excepcionales. ¡Todos queremos apelar cualquier cosa! Todo el mundo exige ser inocente a toda costa, aunque para ello sea necesario culpar al género humano y al cielo.*

LA PUERTA

Abrir o cerrar una puerta puede ser un gesto anodino o trascendental. La mayoría de las veces la abrimos y cerramos sin pensar demasiado en un gesto que puede cambiar radicalmente el orden del universo. Las mujeres lo sabemos muy bien ya que nuestras vidas transcurren detrás de sus cancelas cerradas y sólo percibimos el mundo a través de las celosías de las ventanas. Y si ésto es cierto para las Damas de la Corte Heian, con mayor razón cuando se trata de una sacerdotisa del Monte Osore; como es mi caso y el de las pupilas que me acompañan en este encierro milenario.

Cuando les prohibí abrir las puertas a los peregrinos que nos visitan cada año, sabía que les cortaba los puentes que tienen con el mundo exterior; y que la espera de otro año iba a ser larga y tediosa. En cierta forma las condenaba a esconderse nuevamente detrás de la niebla y detrás de los gases que imanan alrededor del templo. ¿Una forma de suicidio colectivo? Posiblemente. Al menos, alegóricamente hablando, podría decirse que era una forma de harakiri.

No obstante, la puerta que da al sur, conocida como el portón de todos los vientos, podría abrirse ante el parpadeo de Ambroise. Nadie más tiene el poder de hacerlo. Lo que para Ambroise es un acceso común y corriente, para nosotras es un muro tapiado a cal y canto. Eso lo sabemos muy bien cuando aceptamos quedarnos para siempre a los pies de Osore-san. Es el precio que pagamos por consagrar nuestras vidas a su culto. El otro precio es cuando nos cortan nuestras largas cabelleras y nos vestimos con sayas grises y burdas; mientras que nuestros pies permanecen desnudos así tengamos que caminar sobre la nieve o sobre brasas ardientes. Tal vez por eso cuando les di la orden de no recibir a los peregrinos pude ver en sus ojos rastros de desamparo y de desilusión ya que sabían que las túnicas blancas, reservadas para ellos, debían seguir dobladas en el fondo de los cajones de las cómodas durante otros doce largos y tediosos meses de gran austeridad.

EL MURO DE CAL Y CANTO

Del otro lado del abismo que nos separa de los desvíos de la carne o simplemente detrás de la mirada, donde se esconde nuestro deseo en sus momentos de meditación, veo el sufrimiento de los peregrinos de Itako, aquellos que no saben que yo comparto sus labios con la misma intensidad con la que comparten su voz. Y vuelvo al Monte Osore más veces de las que podría explicar. Por otro lado, nunca sé si lo que encuentro es la miseria extrema o el tesoro inalcanzable de este viaje sin precedentes. Mucho más allá del eje del mundo, me espera una mujer ciega y lo que me abre es una tienda de expansión, la afirmación del doble, el espacio protegido en el que termina diciéndome: *Yo soy la puerta*. E incluso en el último conteo de noches todavía puedo salir de su casa. Guiado por las voces grabadas en el lomo de la trascendencia, o incluso arrojado al pozo escatológico del martirio. Siempre habrá una salida dondequiera que la sombra caiga sobre las rocas. Itako me muestra una puerta tan pequeña que corresponde al mundo de la creación, porque dentro de ella tenemos que aprender a identificar y magnificar las chispas de la existencia. Como la imagen de su propio sexo, ella me deja tocar su caracola, su calabaza, su ojo mágico, imprimiendo el calor de sus banquetes de regeneración en mi núcleo. Desde mi primera muerte, he venido a renacer en sus brazos. Como la visita de las almas de las brujas en el calendario de Lucifer, o las ramas sumergidas de los monólogos delirantes de Boccaccio, por muchas veces que esa cúpula neuronal se agitó dentro de mí, atravesó la pesadilla de los naufragos, mantuvo a salvo el olivo sacrificado en el lugar más oscuro de la invisibilidad. Las voces recitaban el torrente de sus alianzas vitales: *Tu vida será idéntica a la mía siempre que regreses a tus orígenes, no importa si me abandonaste hace veinte mil años, tu vida siempre será idéntica a la mía*. Y cada vez que escuchaba este coro que se escapaba de mi vista, pensaba en el joven Einstein que conocí cuando todavía luchaba con la imprecisión de los efectos de la luz sobre las formas en movimiento. Al observar la forma en que la luz se rompía y se

rehacía, me dijo: *Estoy seguro de que ya resolví este dilema hace veinte mil años, pero ya no lo recuerdo.* Itako también me pareció un bosque custodiado por el infinito. Como si contuviera el residuo de todas las tradiciones. Como si sólo ella pudiera llamarme su heredero y aun así sólo en esos momentos en los que me abrazaba en el apogeo de mi inmaterialidad. Itako me hizo cautivo de sus números, me dio la bienvenida al espíritu inflamado de su ignorada belleza. Sabía que nos veríamos cada vez que el planeta girara alrededor del sol y que volveríamos a imitar los estertores de la eternidad según la doctrina satírica de Rabelais. Ella aprendió de mí a excavar el rostro desfigurado de la analogía y me enseñó a embellecer las formas inesperadas de la transfiguración. Éramos lo feo y lo bello en la atmósfera profunda de nuestra devoción. El rescate permanente de todas nuestras disidencias.

HERIDAS EN EL ESPACIO

La puerta del costado sur del templo de Osore-san es una herida en el espacio que nunca cicatriza.

Es una fractura que nos recuerda siempre que la armonía nunca es absoluta.

Es el ying y el yang.

Es lo dionisíaco y lo apolíneo.

Es el día y la noche.

Es la tensión entre dos extremos de una cuerda tensada a punto de romperse.

Es un sable de un samurai que murió haciendo el ritual del seppuku.

Es un antiguo rollo de las sagradas escrituras budistas desplegado mucho antes que el templo fuese construido.

Es el acceso al inframundo y a los ríos subterráneos que corren debajo de sus cimientos.

Es el acceso a la morada de Dilong, el viejo dragón que gime en las noches de invierno.

Esa puerta es la historia condensada de las vírgenes ofrecidas al Monte Osore.

En ella están escritas las leyendas de los peregrinos que vienen cada año para comunicarse con sus ancestros.

AJEDREZ VERSUS VIAJE A ÍTACA

Ambroise Drouet era consciente del significado profundo de la puerta del sur del Templo de Itako; por eso mismo viajaba hacia ella con el más profundo respeto.

Sabía que un gesto de desafío o de irreverencia, por más insignificante que pareciese a sus ojos, podría cerrarle para siempre la entrada al templo, así como el acceso para ver a Itako.

La puerta se convertiría en un muro tapiado a cal y canto e imposible de derribar.

El sabía que los viajes a Ítaca se hacen una sola vez cada mil años; y si se fracasa en alguna de sus estaciones, el viaje se interrumpe por otros mil años.

En este viaje Ambroise Drouet cabalgaba contra el viento en un caballo de un xiangqi que perteneció al emperador Wu de Zhou.

Y si no lograba atravesar la puerta en el primer intento, la conquista del templo se evaporaría detrás de la humareda de azufre que salía de las aguas termales que rodean la morada de Itako.

Las otras piezas están a la defensiva.

Ambroise Drouet lo sabe muy bien.

LA CICATRIZ DE LOS ESPEJOS

Como un hechizo que se prolonga huyendo del amanecer.

La cicatriz de los espejos que se hunden antes de revelar la última imagen de sus reflejos intactos.

El tesoro que perdió la fuente termal de los adjetivos y encuentra pegadas a su aldaba central las páginas rotas de una novela negra que confía por primera vez los fracasos de su prometida génesis.

Era la cúpula del infierno, era la tumba del cielo.

La gitana que describió la falaz fatalidad de todos los ciclos de la virtud.

El secuestro de los apóstoles castigados hasta que negaron la veracidad de sus informes.

Los dioses algún día tendrán que reconocer que fueron engañados por sus creadores.

Los meteoros indican la llegada de nuevos habitantes.

No hay más explicaciones para estas maniobras.

Las épocas se cuestionan sobre sus ritos de paso.

Las ciudades, sorprendidas, descubren acuerdos subterráneos contradictorios hechos con gente extraña y de formas inestables.

Los mensajeros trasladaron sistemas y doctrinas y luego desaparecieron.

Ciertamente, Ambroise vivió con estos cambios y hostilidades, mucho más que Itako. Sin embargo, ella insiste en preguntarle sobre el comercio sideral con otras especies.

— ¿Fuimos alguna vez exactamente lo que imaginábamos que seríamos?

SOMOS LA SUMATORIA DE PIELES FRACASADAS

Podemos imaginar mil formas de existencia; y sin embargo, por más que intentemos adherirnos a una de ellas, jamás podremos conseguirlo del todo. La vida muta a cada segundo sin dejar atrás la piel que nos estorba. Somos serpientes mordiéndonos eternamente la cola; por éso mismo es que no logramos mutar de piel. Cuando creemos que se ha desprendido de nuestros propios cuerpos es cuando nos damos cuenta que nos la hemos puesto nuevamente. Somos la sumatoria de pieles fracasadas y rotas de hombres que vivieron hace cinco mil años. Cuando no nos ahogamos en aguas turbias lo hacemos con dosis rabelesianas de alcohol.

Ambroise Drouet lo sabía muy bien. Muchas veces vio con sus propios ojos las curvas sinuosas y elípticas de las serpientes mudando su cola.

MOVER LA FICHA EN EL ESCAQUE CORRECTO

No en vano Ambroise Drouet fue uno de los editores de Hunter S. Thumpson. Hunter; el cazador que se cazaba a sí mismo; hasta el punto que ya no pudo escribir una novela porque había cazado todo lo que tenía en su interior. Por eso se dio un tiro en la boca. También visitó en varias ocasiones a Pollock y fue testigo de su caída ineluctable en el averno que era una botella de alcohol. Como el mezcal de Malcolm Lowry. O como Bukowski con la mezcla de alucinógenos y botellas desperdigadas en el suelo. O como Alejandra Pizarnik cuando escribió: *Hace tanta soledad / que las palabras se suicidan.*

Por eso era consciente que si fallaba al abrir la puerta del sur, fracasaba en el único intento que tenía de regresar a Ítaca.

El tablero del ajedrez le enseñó que la sumatoria de tantos fracasos era en definitiva una ganancia. Sólo había que mover la ficha en el escaque correcto. Para ello se necesitaba paciencia. Y paciencia era lo que había aprendido en sus múltiples avatares.

¿DÓNDE ESTÁN LAS ARMAS SECRETAS DEL TIEMPO?

¿Dónde están las armas secretas del tiempo? Los laboratorios subterráneos de tantos métodos de trance y alucinación. Las farmacias de los átomos comprimidos. La prodigiosa implosión del ser en los prototipos de algoritmos denunciados por médiums y faquires. Las bellas damas al atardecer con sus serpientes afrodisíacas.

Ambroise a veces se burlaba de su propia condición fantasmal, ya que ni siquiera tendría derecho a suicidarse si no pudiera regresar a su amada tierra. Realmente tendría que seguir este hilo de la eternidad, viajando prácticamente sin rumbo, hasta encontrar algún significado en esta corriente de transmigraciones. De alguna manera, su vida dependía de ello.



LA COLA DE LA SERPIENTE

Agosto de 2143. Mis movimientos eran cada vez más inesperados. Ya le había dicho a Itako que si encontraba una manera de apagar la fuente de mi don, me gustaría vivir con ella en alguna luna cercana a la Tierra. Sin embargo, en las últimas semanas he estado en dos épocas que parecen tener una conexión entre ellas. Los desiertos de hielo y arena guardan en su interior —a kilómetros bajo la superficie— una relación oscura y desconocida con el pasado más remoto que la imaginación pueda vislumbrar. Quizás fueron los arquetipos los que me faltaron para entender el porqué de mi penuria y lo que pasó con la humanidad.

Las tierras subterráneas no eran exactamente una concentración de cuevas. No constituyeron el desastre moral predicho por Platón. Mucho menos reflejaban esa mezcla de apariencias oscuras que alguien podría encontrarse en su primer viaje al invierno. No hubo ceremonias de iniciación ni escenas grotescas de víctimas encadenadas siendo lamidas por el fuego. En rigor, no había ni una sola alma. Dentro de aquellas cavidades abisales sólo quedaba en pie, casi intacta, una arquitectura tenebrosa. En la parte fría, los inmensos bloques de hielo habían sido excavados, formando grandes espacios vacíos rodeados de cuevas que se asemejan a las casas de los habitantes altos. En la parte desértica el escenario se repitió, casi idéntico, pero la estructura cóncava había sido preparada en piedra caliza.

En ambos casos, la construcción de un símbolo armonioso, aunque trágico, del inconsciente. Fascinado por esa inmensidad sobrenatural, con sus infinitas sinuosidades y su perfecto sistema de comunicación. Se parecía un poco a las ramas subterráneas arcillosas y pedregosas de los olmecas, aunque era mucho más profundo y de una escala asombrosa. Quizás algún día se ubicó allí el centro espiritual de la humanidad. O tal vez esa profundidad no pudo haber existido durante milenios,

habiendo sido posteriormente sepultada por la mecánica primitiva de los mares y los volcanes. ¿Qué representaría hoy este mundo controvertido? Parcialmente despojados por el deterioro climático, por la violencia sistemáticamente cometida por el hombre sobre el organismo del planeta –señal de que el atman se había disipado por completo, ya no había razones para creer en la permanencia de un espíritu universal–, se estaban abriendo enormes grietas en la carne de la tierra y, aunque no lo entendimos, lo que vimos ahora nos dio la idea de antiguos hogares de seres de otros espacios. La duda pronto se disipó, precisamente en agosto de 2143, cuando bajo las ruinas de una de aquellas formaciones diamantinas, y dentro de informes montones de bloques de hielo, se pudo vislumbrar la punta metálica de lo que podría ser una nave espacial.

¿Cómo podemos ahora mantener en secreto lo que más temían todas las religiones? ¿Cómo no recriminar una ciencia que, en su connivencia criminal, ha escalado el conocimiento humano, de tal manera que desequilibra la evolución humana y la del propio planeta?

OBITUARIOS, 1

Le Monde, 10 octubre 1954

Nuevamente El Sena se convirtió en una extensión del Père Lachaise: La Goulue, una conocida meretriz de la Gare du Nord, y antigua amante y modelo de Toulouse-Lautrec, apareció flotando en el Canal San Martín.

Las prostitutas seguían desapareciendo en los canales de Amsterdam, del Sena, de Venecia. Otras lo hacían en los puertos de Marsella y Hamburgo. Otras, como las campesinas y pescadoras de Corea, desaparecieron en los burdeles de la armada japonesa durante La Segunda Guerra Mundial. Eran las mismas campesinas que desaparecían en la frontera de México con Estados Unidos. O las mujeres venezolanas que recorrían como zombies las carreteras de América del Sur y que vendían sus cuerpos para poder ver la luz del día siguiente. Otras, como las colombianas, se quedaban varadas definitivamente, y sin papeles, en los hoteles de paso en la frontera de España con Francia. Otra forma de suicidio. La mayoría llevaba en su cuello una cruz que pendía de una pequeña cadena. Una forma de condena para la que estaban predestinadas a vivir en la sombra desde antes de su nacimiento.

OBITUARIOS, 2

El Comercio de Lima, 3 de noviembre de 1984

Dos mujeres muertas atadas espalda con espalda fueron encontradas en una habitación de hotel en Puno, cerca de la frontera que separa Bolivia y Perú. El crimen sacudió a la sociedad internacional porque entre las cuerdas de una de ellas se encontraba un recorte arrugado del *Diario de la Frontera*, del 27 de mayo de 2073, que decía lo siguiente:

En el Estrecho de Tiquina aparecieron varios cuerpos de mujeres desolladas vivas y servidas luego como festín a las aves rapaces. Apenas en el día de hoy la policía local reveló [ilegible] sus identidades; así como los motivos que alentaron estos crímenes en los últimos meses. En los terrenos aledaños no se encontraron signos de forcejeo ni marcas de neumáticos ni ningún otro rastro de cómo se llevó a cabo el vertimiento de los cadáveres.

EDICIÓN ESPECIAL

Le Monde, 14 enero 1963

Anoche recibimos en nuestra redacción, aprovechando su estancia en París, al arqueólogo Robert Charroux, que acaba de publicar su libro *Histoire inconnue des hommes depuis cent mille ans*. Mantuvimos una breve conversación con él, que reproducimos aquí:

En primer lugar, le pregunté por la parte final de la dedicatoria de su libro, que dice: *Al primer hombre de nuestro tiempo que, escapando de la Tierra, aterrizará vivo en otro planeta*. Este hombre, Señor Charroux, ¿cómo es posible todavía? Luego me respondió, con una media sonrisa que no ocultaba su alegría al tratar el asunto:

— Ahora bien, el hombre siempre ha sido un notable impostor de sí mismo. Desde el primer momento se convierte en dios y salvador del mundo. A partir de ahí comienza a crear una genealogía que incluye aspectos que podrían resultar más risibles que creíbles. El mundo siempre ha sido el hogar perfecto para innumerables mesías anunciados. ¿Por qué dudaríamos ahora de que una de estas criaturas no estuviera planeando escapar a otro planeta?

— Seguramente se está burlando del tema.

— Mire, ante una historia que siempre ha estado enmascarada, yo diría que un poco de burla no vendría mal. Los libros secretos, aquellos que narran detalles de fórmulas e invenciones rituales, fueron confiscados por museos y bibliotecas de todas las religiones, especialmente musulmanas

y cristianas. Obviamente, ningún Dios creó el Cielo y luego la Tierra. Hoy es imposible negar la intromisión de extraterrestres en la formación de las primeras civilizaciones humanas. En cuanto a la evasión a la que me refiero, obsérvese: si el planeta Venus plantea las fantásticas hipótesis de nuestra propia evasión, ha sido, desde la más remota antigüedad conocida, un pretexto para los misterios. Hace 18 millones de años, según una leyenda de la India y Afganistán, Marte, Venus y la Tierra estaban en estrecha comunicación.

NOTICIAS INSÓLITAS

Varias mujeres jóvenes de un pueblo menonita de Bolivia venían quejándose de pesadillas continuas; al despertar constataban que sus brazos tenían golpes o heridas con un arma cortopunzante. Algunas aparecían luego con un bebé entre los brazos. Cuando eso ocurría eran expulsadas de sus familias y de su grupo social; por lo que debían enfrentarse por primera vez a vivir lejos de sus familias y a hablar en castellano. Una lengua para ellas desconocida.

Pasado algún tiempo varias de las adolescentes pudieron contar su drama a una asistente social que se interesó por sus casos; es así como la policía intervino en uno de los hechos que más afectaba la vida de la comunidad.

Al principio nadie quería hablar de lo sucedido, pero poco a poco las lenguas fueron desatándose en un castellano bastante precario. Lo que afirmaban era que un espíritu maligno salía por las noches y visitaba a las mujeres vírgenes para desflorarlas; y no contento con su lascivia las golpeaba hasta dejarlas inconscientes.

Cuando alguna de ellas tenía el coraje suficiente para contar lo sucedido era golpeada, humillada y encerrada por varios días en los sótanos secretos de un granero semiabandonado. Se les acusaba de haber tenido relaciones sexuales con el diablo.

Finalmente se supo que el hombre que fungía como jefe del pueblo las drogaba en complicidad con la mujer a la que todo el mundo llamaba *abuela* para luego violarlas y golpearlas con sevicia.

LA NOCHE OSCURA DEL VERBO

Desfigurar.

1. *transitivo directo y pronominal*

Alterar la apariencia externa de tal manera que haga (alguien o algo) casi o completamente irreconocible; transfigurar.

Desemejar, alterar, deformar, transformar, borrar, confundir, tergiversar, demudar, distorsionar, encubrir, enmascarar, mudar, ocultar, cambiar, disfrazar, falsear, velar, trocar, disimular, fingir, oscurecer.

2. *transitivo directo*

Afear, Afectar, deslucir, estropear.

Así sucedió con la vida humana misma desde el momento en que el hombre conoció las razones fundamentales entre el pecado y el perdón. La naturaleza espinosa de la culpa y la voracidad conjetural de la confesión. La mujer se convirtió en una especie de extravío de piedad y desconsolación. La sombra de una ofensa pronto descubrió cómo rescatarse de los efectos de la miseria. Era necesario fingir el desenlace inminente para facilitar el progreso oculto de la perversión. La mujer asumió la indivisibilidad, lo que hizo de su gesto profético la tortura perenne a la que fue condenada. Al respetar los residuos más fatídicos de la existencia, en nombre del amor carnal o de la maternidad, se convirtió en la víctima elegida de un mandamiento salvaje que fue interpretado en el placer del martirio y de la reconciliación con el destino: *No tendrás otros dioses que yo*. Con esto el hombre se hizo dios y enmascaró, disimuló, fingió, encubrió, confundió, transformó toda la realidad de la tierra. Ya no había un solo verbo que fuera inmune a su locura.

UN RAYO EN LA FRENTE

En una noche de luna llena René Char, asiduo visitante del cementerio de L'Isle sur la Sorgue, recorre sus avenidas mirando a derecha e izquierda; no sabe bien lo que busca. Los cipreses, arrodillados por la fuerza del Mistral, proyectan sombras fantasmales sobre las lápidas. De pronto siente una especie de rayo que le roza su frente, mira hacia el suelo y lee: Lola Abba (1912-1927). Recuerda que hace algunos días leyó en el periódico que una adolescente de quince años murió ahogada en uno de los brazos de La Sorgue. Char, poseído por un extraño sentimiento de estupor, lee otra vez su nombre, lo repite varias veces; intuye que se está gestando un poema que nunca lo abandonará.

Algunos días después alguien toca a la puerta de su casa y una joven le pide trabajo como mucama. René le dice que su madre no está y le recomienda volver otro día.

— Imposible, responde la mujer.

— En ese caso déjeme su nombre.

Ella lo garabatea en una hoja de papel y se aleja de la casa paterna llamada Nevons. Char cierra la puerta y camino a la biblioteca mira el papel y lee el nombre: Lola Abba.

Da media vuelta y corre hasta la puerta, la abre, mira al fondo del parque; no hay nadie. Sólo se escucha la música de La Sorgue mientras una leve llovizna comienza a caer y nuevamente siente la furia del rayo que le golpea la frente.

EL MISMO ORIGEN INFINITO

Nadie sabe de qué está hecha la vida. Ni siquiera cuando empieza. La mía debió comenzar en el momento en que el cuerpo de aquella mujer yacía sobre el asfalto, en la esquina de mi casa, con el ojo sangrando con la punta de una tijera enterrada en él. El barrio gritó y otra mujer corrió calle abajo. Yo la conocía, vivía en la escuela de música, allí vivía toda una familia, recuerdo que cuando me acerqué por primera vez al ventanal, seducido por el sonido de un violín, el viejo que lo tocaba a veces se detenía, jugueteaba con un estuche pequeño alrededor de su cintura y de allí sacaba un polvo parduzco que olía y luego estornudaba un par de veces. Frente a su casa vivía una anciana negra, solitaria y algo bizca. Una noche, empapada por la tormenta, parecía que la anciana se había quedado dormida en el sofá y había dejado abierta la ventana de la casa. Junto al televisor, un gran espejo reflejó los rayos que incendiaron la casa y quemaron a la pobre mujer. Al otro extremo de la calle vivía una familia que siempre pensamos que era un cuarteto bien conectado, con buena convivencia, hasta que una tarde la mujer corrió gritando por la calle, desesperada, con sus ropas rotas, acusando a su marido de golpearla. Fue algo inusual porque los vecinos se juntaron y echaron al hombre de la casa. Que yo recuerde, nunca más se le volvió a ver. Y recuerdo bien lo que pasó, porque el día anterior había comprado *El corazón de las tinieblas*, que acababa de salir, y lo leí una y otra vez. Mi viaje comenzó en ese momento y de muchas maneras, porque la calle donde crecí parecía ser una especie de fuente infinita de desgracias y calamidades. Pero tal vez es así en todas las calles. Quizás el mundo entero es así. Quizás el mundo no es más que un pozo sin fondo de adversidad. Estaba el niño al que nadie se había acercado desde que se descubrió que, con la muerte de su madre, su padre empezó a tener encuentros nocturnos con otros hombres. Con el tiempo, la calle tuvo algunas casas abandonadas y en el lugar de dos de ellas apareció el primero de varios talleres de automóviles que se apoderaron de todo el barrio. Además

de la reparación de automóviles, se conoció que allí se vendían pastillas blancas que alteraban el comportamiento de muchas personas. Al lado del taller vivía una familia asiática. Todos sabían que eran grandes consumidores. Una noche, al llegar a casa, todavía afuera abriendo la puerta, el hijo mayor recibió un disparo mortal en la cabeza. Creo que ese disparo fue la segunda vez en que empezó mi vida puesto que en ese momento decidí que era hora de dejar ese lugar. Sin embargo, me quedó la duda, que de alguna manera me acompaña hasta el día de hoy, de si sabemos con certeza de qué está hecha nuestra vida. Crecí, viajé, conocí muchas mujeres, siempre fui un aficionado a las matemáticas, aunque no tuve muchas oportunidades laborales. Mis padres murieron temprano en un accidente de tren y mientras estaba de luto tuve algunas experiencias de proyección astral. Luego me casé con una médium que recibió muchos espíritus que comenzaron a perseguirme con amenazas de muerte. Una vez más tuve que mudar de existencia. Esta vez también cambié mi nombre a Ambroise Drouet. Al pasar por barrios, ciudades, países, como quien no encuentra hogar en ningún lado, comencé a darme cuenta de que esos cambios a veces también se daban en dimensiones temporales, lo que me llevó a comprender lo que había pasado con el mundo y también lo que podría pasar. Todo fue muy extraño para mí, porque surgió de la nada, no tenía control sobre esos cambios. Y, sin embargo, incluso con esta aterradora tormenta de cambios en el medio ambiente, estaba cada vez más seguro de que el hombre estaba atrapado en un laberinto sin salida y que nadie tenía ni la más mínima certeza lo qué es el significado de la vida humana.

MENSAJE DE ULTRATUMBA

Hace ya mucho tiempo, cuando apenas comenzaba a recibir peregrinas, una de ellas vino a verme para contarme un pasaje de su vida en el cual ella había podido comunicarse con el espíritu de su padre.

Muchos años antes de saber de la existencia del templo de Osore-san, y sobre usted misma, tuve una experiencia surrealista.

Mi padre había muerto dos meses antes y yo estaba atrapada en una inmensa grieta que se abrió el día de su deceso. El duelo era insoportable.

Cada sábado en la mañana iba al cementerio a visitar su tumba. Lo hacía muy temprano en la mañana ya que nunca encontraba a nadie; de esa forma sentía que podía estar más cerca de él.

En una de esas visitas comencé a pedirle mentalmente que me enviase un mensaje puesto que yo necesitaba saber cómo estaba; que de no hacerlo iba terminar loca. Al mismo tiempo pensaba que era absurdo lo que le decía ya que él fue un hombre ateo y yo nunca he creído ni en espíritus ni en conversaciones con el más allá ni en dioses ni en nada que no sea racional. Mientras pasaba todo éso no paraba de llorar, aunque muy silenciosamente. Era un dolor descomunal, como nunca más lo he vuelto a sentir.

De pronto, detrás de unos arbustos que bordeaban el camino central que dividía los dos campos en los que se alineaban los sepulcros, y en dirección contraria a la entrada del cementerio, escuché a dos hombres que se acercaban, cuando estuvieron a mi altura, apenas a unos cuatro metros de distancia, uno de ellos dijo:

— *Me mandó a decir que no llorara más, que él estaba muy bien.*

Yo dejé de llorar y esperé a que los dos hombres, que ni siquiera se percataron de mi presencia, desaparecieran. Luego me levanté y me fui tranquila. Sentí que una profunda serenidad me cubría como una segunda piel. Rara vez sentí la necesidad de regresar a visitar la tumba de mi padre. Esa serenidad nunca más me ha abandonado.

Cuando terminó su relato quise saber si deseaba comunicarse nuevamente con su padre; me respondió que en realidad no lo necesitaba puesto que su única intención era hacer el peregrinaje al Monte Osore y poder contarme su propia historia.

Siempre imaginamos que el relojero deambula por las calles buscando señales del tiempo abandonadas. Donde se perdieron los escrúpulos, se destriparon los recuerdos y se dismanteló lo pintoresco. No es posible transitar entre el deseo y la memoria si no permitimos que los puentes y las aceras delaten nuestros pasos. No se trata de explicar la autenticidad de los desastres, sino de permitir que el destino encuentre una razón de ser.

En ese entonces las novicias que llegaban para dedicar sus vidas a Osore-san ya no eran ciegas; entonces le pedí a esa misteriosa novicia que se quedara en el templo ya que su capacidad de comunicarse con el más allá nos era un bien muypreciado y que los peregrinos se lo iban a agradecer. Se quedó mirándome estupefacta, era evidente que no esperaba esa propuesta, posiblemente ninguna otra, luego bajo la cabeza en señal de respeto y consideración hacia mí y hacia el templo. Se quedó inmóvil y en silencio por mucho tiempo; yo no me atrevía a decirle nada ni a interrumpir su profunda y sincera meditación. Luego me retiré a otra estancia mientras recibía a otros peregrinos; al final de la tarde, cuando la luna ya estaba en lo alto del cielo, regresé al altar donde la había dejado muchas horas antes. La encontré en la misma posición de recogimiento. Al sentir mis discretas pisadas levantó la cabeza, sonrió tímidamente; entonces supe que tenía una adepta más y que algún día ella llevaría la batuta del templo.

APÓCRIFO DE UNA TRAGEDIA

Es cierto que nunca sabemos quiénes somos, no hay mucha consonancia entre lo que deseamos y lo que logramos. Como si Shakespeare soñara con tramas más esquivas y sórdidas que las transcritas en el papel. En uno de esos trances fue sorprendido por una aldeana que le contó el secreto causante de la destrucción de un reino entero. El truco de un molino lleno de aceite de oliva y corcho que arruinó la comida almacenada durante toda una noche.

Me propongo atravesar estos abismos entre la vida y la muerte, aunque la verdad es que no siempre deshago el dolor de los peregrinos ni apaciguo sus recuerdos profanados.

Recordé entonces a una peregrina llamada Susana San Juan que deseaba que hablara con su padre muerto antes de poder disculparse con él por algunos malentendidos. El viejo Bartolomé aceptó hablar sólo conmigo y me dijo que Susana había atormentado la vida de sus hermanas, que era un pequeño demonio y que jamás volvería a hablarle por ningún motivo.

Los abismos se repiten. Los dolores aumentan, pero casi siempre acaban siendo los mismos. Las conchas cambian y los huesos de la enfermedad del espíritu son los mismos; siempre las mismas formas malditas que hacen desaparecer a la humanidad en un ritual sin nombre.

LA CIUADAELA DE LOS MUERTOS

Juan Preciado es otra ánima que recorre Comala, la ciudad de los muertos reflejada en la cima de Osore-san. En su viaje al pueblo de su madre descubre que Pedro Páramo, su padre, no fue asesinado por Abundio Martínez sino que murió solo y abandonado en sus propios excrementos. Entiende que a pesar de todo su poder y dinero terminó siendo una piedra más de un derrumbe infinito e intuyó que cada piedra es un ánima condenada a vagar en esa ciudad fantasma que sólo existe en el imaginario de los muertos que pueblan todos los territorios pertenecientes al Monte Osore.

En ese regreso a Ítaca Juan Preciado se tropezó, aunque sin saberlo, con La Amortajada, la mujer que murió antes que Pedro Páramo. Y cómo ignoraba que ella ya no formaba parte del mundo de los vivos se enamoró de ella y la convenció de seguirlo hasta Comala. Ahí siguen, hablando noche tras noche hasta el fin de los tiempos.

A veces se confunde la muerte con las caídas imaginarias, el lugar al que nos lleva el deseo, suponiendo que el tiempo se agote en sus ardientes metáforas. Nadie se acerca para explicar el retraso de las chispas de éxtasis. Los círculos y sus ángulos indescifrables, la verdad agachada tras el telón de los antagonismos, los testigos de estos objetos voladores que han sido desacreditados incluso por la ciencia. Nadie quiere ser un fenómeno, una bola de fuego, una hipótesis improbable, una virtud despreciable. Confucio sabía que el tiempo era insignificante. La crónica periodística confirmaría que el mundo se ha vuelto irrisorio.

LA NOCHE Y SU AUSENCIA DE MOTIVOS

Pude acompañar a Itako en una de sus sesiones, y allí conocí un caso curioso. Una mujer estaba de luto por el suicidio del hombre que amaba y le preocupaba no saber el motivo de su muerte. Al recibir la voz de aquel hombre, éste es lo que nos dijo:

Las noches a veces son como una vieja mansión y no dejo de escribir. La película que vi, mientras dormías a mi lado, no fue precisamente el escenario para hacerme querer mientras te contaba algunas cosas. Pero hubo un instante en el que se encontraron sus dos protagonistas, dos videntes, dos hombres que tenían el don de reconocer qué pasaría con las personas que tocaban o eran tocadas. Uno de ellos decidió que, al prever el sufrimiento irremediable de una persona, causado por enfermedad o accidente, lo mejor sería matarla, mientras que el otro pensó que bajo ninguna circunstancia el hombre podría convertirse en verdugo del destino de otra persona. No sé cómo explicar la conexión. El caso es que mientras los dos hablaban sobre los aspectos morales del tema, yo me encontré allí, como si estuviera sentado junto a ellos y me puse a reflexionar. Hubo un tiempo en el que tenía un gran entusiasmo por escribir, por la creación misma, y experimentaba una especie de tensión natural entre lo que estaba aprendiendo a hacer y las ganas de querer saber más y más. Después me invadió una especie de letargo, en verdad ni siquiera sé si se aplica el término, ya que realmente no vi allí desánimo ni pereza. Pero sí, ya no le veía ninguna diversión a la creación, aunque, sin embargo, la energía a veces rompía la negrura del silencio y las imágenes aparecían casi sin control. En cada momento algo se rompía, algo llegaba, lo siguiente que supe era que ya estaba en medio de la creación de algo. Cuando pensaba en el suicidio había dos aspectos convergentes. En primer lugar, mis lecturas sobre

el funcionamiento del cerebro humano, que disiparon mis últimas dudas sobre la perspectiva religiosa de un mundo más allá de la muerte. En segundo lugar, comencé a explicar las posibilidades que se desplegaban en mi futuro. La vida aburrida que estaba viviendo. La repetición a la que estaba condenado en términos de creación. La sensación de que ya había logrado todo lo que era posible, incluso dentro de un mundo de imposibilidades. Cuando te volví a encontrar, dos perspectivas se apoderaron de mis días: por un lado, la felicidad suprema de haber encontrado a alguien que podía seguir parcialmente mi camino, alguien a quien confiar mis proyectos, una especie de colaboración espiritual. Por otro lado, como siempre he sido un hombre en esencia apasionado por la vida, empezó a despertar en mí una pasión por ti. Y la idea de vivir contigo empezó a visitarme. Sin embargo, primero era necesario conocer tu voluntad de hacerlo, por tal locura, porque aceptar la responsabilidad que te estaba pasando —con la donación de todo un proyecto de vida— era ya un peso extraordinario, que me hizo sentir un gran dolor. Un profundo respeto por ti, así que era mejor no hacer lo posible imposible en la forma en que llamó a mi puerta. Más recientemente he considerado que no necesariamente podría suicidarme, sino seguir adelante, descubrir algo más que hacer —aunque no me veo sin crear—, desaparecer de este mundo, ya no físicamente, simplemente ir a pastar a otras tierras. No sé si podría vivir en el mismo mundo que las cosas y personas que me encantaron sin por ello ser parte de sus vidas. Para mí es la mayor riqueza humana que la vida me haya brindado la inmensa mujer que eres. Pero había estado viviendo impulsado por cosas pendientes, me levantaba todos los días para ocuparme de viejos proyectos literarios, sin nada nuevo que me interesara hacer. Sin embargo, la vida es ese conjunto incesante de cosas que pueden suceder en cualquier momento. Ayer, viendo la película, cuando los dos videntes se sentaron a la mesa, me vi aquí hablando contigo. Los siguientes momentos me sorprendieron incluso a mí mismo. Cuando apagué la televisión, acomodé tu cuerpo en la cama y me dirigí a mi estudio. Abrí el cajón de la mesa de cristal, tomé las pastillas que ya me esperaban, volví a la habitación y me acosté a tu lado. Cuando despertaste yo ya estaba muerto.

EL MOTIVO DE LA AUSENCIA NOCTURNA

Muchas lenguas se han perdido, desaparecido completamente y sin dejar rastro; en cualquier momento un encuentro inesperado con ellas puede dar lugar a la idea de que son ajenas o que han sido preservadas en otra dimensión. Este no es el caso de los etruscos o sumerios, ni siquiera de las lenguas indígenas o de algunas civilizaciones extintas, porque de alguna manera se conservaron al menos algunas inscripciones. Itako me dijo que una vez le sucedió algo raro, una peregrina que le contó lo que ella insistía que era una historia real. Dijo que en una de las sesiones espiritistas en las que participaba, una anciana india empezó a hablar en un idioma que nadie reconocía. Cuando despertó, cuando le preguntaron al respecto, tampoco pudo decir nada. Un día una amiga descubrió en su casa uno de esos cuadernos diseñados para llevar un diario y había páginas y páginas escritas con una letra inusual que, aunque al principio parecía japonesa, estaba llena de otros caracteres y estaban escritos en línea horizontal. De todas formas, la amiga pensó que ese debía ser el mismo idioma que hablaba la mujer en trance y mostró el cuaderno a todos los que estaban en el centro. Luego descubrieron que algunas páginas, escritas en katakana, hacían mención a que era uno de los muchos idiomas que se hablaban en Marte. Itako intentó comunicarse con esta entidad, pero el silencio expresaba su negativa a revelar algo o que el personaje simplemente no estaba muerto. Ikigai Okano se llevó su misterioso cuaderno a casa y dejó de asistir al centro espiritual. Dos semanas después su nombre apareció en los periódicos en los que se leía que fue asesinada mientras paseaba por un parque. Las cámaras de vigilancia captaron el momento exacto en que dos sombras no identificadas se acercaron a ella y le dispararon repetidamente una luz plateada con un objeto metálico que parecía un cilindro que medía aproximadamente 30 cm. Cuando la policía revisó su cuerpo no encontró ni un solo signo de herida y la autopsia no identificó la causa de su muerte.

LA CÓPULA CON LA CIEGA

En algún momento de mis múltiples existencias conocí a varios hombres que se hacían llamar Ernesto. Uno de ellos afirmaba que *–La ciudad está dominada por el dinero y por la razón*. También afirmaba que el cambio del teocentrismo al antropocentrismo era la fuente de la debacle del hombre contemporáneo. Solía afirmar que el hombre contemporáneo se debate entre la soledad y la incomunicación y que su existencia transcurre dentro de un túnel en el que de cuando en cuando hay algunas ventanas, que aunque cerradas herméticamente, permiten ver los otros túneles que navegan permanentemente en el espacio; así que a veces, muy raras además, al asomarnos a esas pequeñas ventanas podemos ver otro rostro que en ese mismo momento también se asoma ante lo desconocido. Y entonces, una vaga sensación de comunicación se pasea ante nuestros ojos para luego abandonarnos por un largo tiempo. El tiempo necesario en que alguno de los otros túneles pase de nuevo a nuestro lado.

Y es en uno de esos túneles donde en alguna vida de *pez-dragón* tuve un encuentro con *La Ciega* que dominaba al mundo; o al menos eso era lo que ella pretendía. Ese viaje iniciático fue desencadenado cuando escuché *una campanilla como de alguien que quisiera despertarme de un sueño milenario*. Entonces salí de ese falso refugio y me interné en las cloacas del universo; un laberinto jamás visitado por Dédalo; así que yo debía, en el caso eventual que desease salir de ese infierno, hacer mis propias alas; con la diferencia que no llevaba conmigo ni miel ni plumas. Sólo tenía la convicción que ese encuentro iba a transformar mi existencia estulta en algo muy diferente; aunque ignoraba si se trataba de algo que iba a agradarme. Y cuando digo *agradarme* no necesariamente pienso en algo placentero; puesto que las pesadillas también son necesarias para nuestro sistema límbico.

La soledad absoluta, la imposibilidad de distinguir los límites de la caverna en que me hallaba... Me creí solo en el mundo y atravesó mi espíritu como un relámpago, la idea de que

había descendido hasta sus orígenes. Me sentí grandioso e insignificante.

Fue entonces cuando penetré en el túnel de La Ciega.

Una ráfaga de rayos y centellas atravesaron mi tercer ojo, lo reventaron mil veces; y a cada detonación uno nuevo volvía a nacer. El ruido sideral golpeaba mi cabeza y la sangre salía por todos mis poros.

La funesta luna radiactiva estalló... un gran incendio se desató, y propagándose con furia inició la destrucción total y la muerte... El universo entero se derrumbó sobre mí.

Era el inicio y el final de un peregrinaje que ya duraba varios milenios; aunque en ese momento yo no fuera del todo consciente de mi propia metamorfosis. Fue entonces cuando un aullido portentoso me reventó los tímpanos y rompió mi columna vertebral en millones de pedazos.

Lo más difícil, al principio, fue imaginar que lo sucedido pudiera tener esa fuerza casi mística de transmutar mi alma entera en cada uno de estos pedazos, como si me fuera posible ser millones de Ambroises-Ernestos, cada uno en una forma diferente, y conscientemente como si el simple hecho de entrar en esa cueva fuera suficiente para crear en mí todos los innumerables personajes de una saga.

Observé entonces que, en algunos ángulos, muchos de los cuerpos fragmentados que asumí, caían en los espacios vacíos con el ímpetu de las aguas en una pintura china, como la manifestación de lo puramente ilusorio defendida por Heráclito. Desde otros ángulos pude vislumbrar pequeñas montañas flotando en el espacio, en un movimiento indómito, como buscando ser completadas por la chispa líquida de las aguas.

Así como las noches son fecundadas por los sueños, a través de esos dos ángulos, en el acto de consumir su casi imposible unión, recuperé la integridad de mi ser y volví a ser ese único, aunque múltiple, Ambroise que, gracias a las enseñanzas tántricas de La Ciega, alcanzó un equilibrio entre sus fuerzas

opuestas e interpretó las llamas encontradas en el interior de la cueva como el misterio mismo de su predestinación.

¿Pero sería eso todo? Si era tan evidente que el mundo no podía dividirse entre elegidos y renegados, las civilizaciones acabaron definiendo esta zona de tensión como base de su supervivencia. Para escapar de allí quizás hubiera tenido que mantener mi invisibilidad, vagando entre el país de los cuatro vientos como si ésta fuera mi condenación eterna por haber descubierto una manera de unir los principios masculinos y femeninos que gobiernan el mundo.

No había manera de poner fin a mi destino. Ningún té aportaría más belleza al ritual de mis condenas. Ni siquiera los chacales podrían alimentarse de mi cadáver. Nada podría eliminar la prosperidad de mi estancia. No hay manera de matar a un fantasma. Él mismo no puede suicidarse. Las páginas de su libro secreto siempre serían las mismas. Imposible romperlo o reescribirlo.

Por eso sexo y sueño se alternaron en mi encuentro con La Ciega. La realidad física del sueño y los vehículos intangibles del sexo. Estaba claro que esta explosión de lenguajes era más que un juego entre consciente e inconsciente. Viví dentro de ella tanto como soñé durante toda mi vida. Visionario, una vez más, en este viaje sin norte ni sur. Ella me devolvió a todos mis estados primitivos. Ella era la intérprete de mis asociaciones. Hasta el momento en que leí en la lápida de un dios:

*Escondes tu cara y ellos están aterrorizados.
Les quitas el aliento y expiran, volviendo al polvo.
Envías tu aliento y son creados,
¡Y así renuevas la faz de la tierra!*

Quizás La ciega no fue más que un aliento en mi viaje fantasmal.

EL ENIGMA RESUELTO DE UNA PEREGRINA

Hace ya algunos años recibí la visita de una peregrina que venía a mí no con la intención de comunicarse con un antepasado sino con la imagen de una mujer de pelo negro que poblaba sus sueños desde que era una niña. Cuando caminaba lo hacía con el brazo derecho levantado, así que ella podía ver un lunar en el centro de su axila que era igual al que ella llevaba en su axila izquierda.

Quise explicarle que yo era una médium que se comunica sólo con los muertos, no con personajes imaginados mientras dormimos. Mi rechazo no encontró eco. Me respondió que estaba segura que se trataba de una hermana gemela muerta en el momento del nacimiento y de la que nadie le había hablado nunca. La seguridad de su voz, y la mirada directa a mis ojos, me develó que decía la verdad y que no era una historia inventada para hacerme perder el tiempo. Así que decidí ayudarla a desentrañar el enigma de su vida y saber quien era la mujer que la visitaba cuando dormía.

Pronto caí en trance. Aunque yo estaba acostumbrada a recorrer los laberintos de la muerte desconocía como entrar a los pasadizos de los sueños. Ese era un reto que la peregrina desconocida me ponía enfrente como quien pone trampas en los caminos. Yo sabía muy bien que si me extraviaba en ellos ya nunca más despertaría y quedaría vagando en un mundo onírico existente sólo en los sueños de la mujer que tenía enfrente.

Sé que vagué durante horas buscando un recodo donde girar o una puerta para abrir. Intuía que mi kimono blanco molestaba a los personajes de los sueños y que muchos de ellos debían taparse los ojos para no terminar ciegos como yo. Ese día volví del trance sin haber descubierto el enigma. Por primera vez le fallaba a alguien. Pensé entonces que la mujer del lunar en la axila derecha no estaba muerta sino viva

y así se lo comunicué a la peregrina. Ella me miró con mucha atención y me pidió nuevamente que la ayudara. Le dije que volviera al día siguiente y que entre las dos íbamos a encontrar la respuesta a ese acertijo.

A la mañana siguiente la peregrina de los sueños estaba parada al frente de la puerta principal del templo. Las novicias la guiaron hacia mi estancia donde yo ya la esperaba. Nuevamente caí en un profundo trance. Esta vez ya podía caminar con más seguridad por los pasadizos de los sueños. Me di cuenta que todo era una cuestión de hábitos. Cuando se conoce una parte del enigma el resto se hace más accesible. Finalmente encontré el recodo que buscaba y pude abrir la puerta correcta. Dentro, y al fondo de una gran estancia, había una opulenta mujer sentada en una gran poltrona. Supe que estaba sentada allí desde siempre y que la modorra no le impedía tener una mirada aguda e inteligente. Cuando le conté el motivo de mi visita cerró los ojos y se quedó un momento bastante largo sin pestañear siquiera. Luego, con una voz que a mi me pareció que resonaba en el centro de mi cerebro, me dijo que la mujer que buscaba jamás había muerto ni era un personaje onírico. La explicación que me dio era que esa mujer era la hermana gemela de la mujer del lunar en la axila izquierda y que las dos fueron víctimas del comercio de la venta de bebés. Cuando su madre quiso verlas le dijeron que habían nacido sin vida y que ya estaban enterradas en el cementerio de la parroquia adyacente al hospital. Luego le dieron un certificado que confirmaba los decesos y le exigieron abandonar el sitio donde había dado a luz. Para el equipo médico era un caso cerrado.



EL MEDIO Y EL MENSAJE

De repente la vida fue un error confirmado. Los pétalos de una rosa mística que cambiaba de forma todo el tiempo y nadie podía tocar. Como ese planeta ancestral que pensábamos que era el origen de nuestra vida más escondida. De repente los muertos empezaron a reaccionar ante su propia muerte, como un pretexto más para su profecía de misterios. Mi encuentro con Prometeo, cuando me dio la clave de los jeroglíficos negros y su materia desconocida. De repente los templos se volvieron radiactivos y la tierra quedó expuesta a una contaminación fatal. El gato Beltrán guardaba entre sus patas delanteras el castillo blanco de regalos caídos. Hace diez y seis mil años tuvo lugar en Lessac una reunión de geólogos que buscaban una explicación a la fusión de energías vitales que hacía desaparecer las contradicciones entre medio y mensaje. En esta ocasión terminaron dándose cuenta de que el entorno puede influir en el alma para reconocerse físicamente en él. Así como los actores encarnaban el espíritu de sus personajes, los nativos de un bosque eran árboles, rocas y animales. El gato Beltrán no podía permitir que tal conocimiento se convirtiera en algo común, por lo que selló las puertas del castillo de Lessac y el mundo nunca se enteró de este descubrimiento.

El tiempo mantiene las garras de su reloj arañando la piel de la conciencia humana. La moralidad se vuelve emocional, irritada y, a veces, desapegada de la gravedad. El hombre sabe que lo mejor que puede hacer es contar historias modificando las huellas de la realidad, desfigurando los trucos del tiempo. La Tierra no puede vincularse a Venus, así como la humanidad nunca ha logrado tener alas. Se han pintado imágenes de gigantes dentro y fuera de innumerables cuevas. Los desiertos son extrañas máquinas generadoras de espejismos. El hombre descubrió cómo hacer levitar pirámides y desaparecer aviones en pleno vuelo. Sin embargo, levitar no es volar y el hombre no pudo hacer que nazcan alas a sus bebés. Quizás Lucifer realmente fuera venusino. Cuando estuve con él hablamos

de las guerras atómicas del pasado, me dijo que las religiones eran la forma segura que encontró el hombre para mantener el control sobre su imaginación. Platón también sabía que muchas comunidades repartidas por todo el planeta procedían del espacio. Personas con cráneos planos a la altura de las orejas, brazos alargados que llegan hasta debajo de las rodillas, hombres y mujeres con igual ausencia de ondulaciones en el pecho, pies que crecen desproporcionadamente con respecto al cuerpo. El mito se convirtió en la mejor solución para evitar que la realidad insólita trastornara la moral, y los absurdos no tenían otra función que la de apaciguar el misterio. Rápidamente se aceptó la destrucción de Sodoma y Gomorra, lo que ciertamente no habría ocurrido con la hipótesis de una explosión nuclear. Y fechar las raíces y las costumbres, para que todo parezca más lejano e imposible de verificar lo que realmente es. Dentro de un millón de años tal vez hablemos telepáticamente de cómo los pocos indios supervivientes de nuestro tiempo no han podido mantener sus tradiciones más antiguas, sus técnicas médicas avanzadas y el uso de sistemas agrícolas y de control climático. Pero hasta ahora, la realidad sigue siendo la mejor ficción.

INDICIOS DEL FIN DEL MUNDO

Esta mañana Osore-san se sacudió con una fuerza descomunal que dejaba prever que era sólo el comienzo de un cataclismo en el que los múltiples universos chocarían los unos con los otros; algo mucho más grave que el apocalipsis del libro sagrado de los judeo-cristianos.

El segundo indicio fue la lluvia de pájaros que caían en bandadas desde todos los puntos cardinales; mientras que los cóndores se lanzaban desde alturas inconmensurales sin desplegar sus alas.

El tercer indicio fue el de miles de ballenas invadiendo las playas mientras que los elefantes se negaban a caminar por las planicies africanas y se abandonaban a la voluntad de los cazadores de marfil.

El cuarto indicio fue el fuego que arrasó con todas las secuoyas existentes.

El quinto indicio estuvo marcado cuando las mariposas monarca perdieron el rumbo de su travesía; y al quedar errando en parajes desconocidos ya no pudieron reproducirse nunca más.

El sexto indicio fue cuando todos los cementerios del mundo se abrieron de cuajo al mismo tiempo haciendo que los cadáveres, o lo que quedaba de ellos, quedaran desperdigados en kilómetros a la redonda.

El séptimo y último indicio fue cuando la luna nueva dejó de ser creciente.

EL ROBO DEL SORTILEGIO

Caronte reconoce cuando la moneda colocada sobre los ojos de sus muertos es falsa. Recientemente lo confirmó de una manera única. Fue con la visita de una peregrina que quería hablar con un amigo de su padre. Takashi Jinja era el nombre del padre que desapareció sin dejar rastro. Fue un físico dedicado al estudio de los fenómenos nucleares. Mizuki, la peregrina, desesperada por desconocer su paradero, pensó en un amigo muy cercano a Takashi, y que en su último viaje a Estados Unidos había estado trabajando con él todo el tiempo. Cuando me dijo el nombre de su amigo me sentí un poco desequilibrada. Le pedí a Mizuki que lo repitiera: — *Ambroise Drouet*. Parecía imposible, pero no era improbable. Entonces me recuperé y le dije que el caso de Ambroise era inusual, que podría hablar con él, pero no como lo hago habitualmente, ya que no estaba exactamente muerto. Ella me interrumpió insistiendo en que se enteró de su muerte en una explosión en un laboratorio en un pueblo secreto llamado Oak Ridge. Esa debe haber sido la forma en que enmascararon su ahorcamiento, pero no pude revelar nada a Mizuki. De alguna manera hubo una continuidad moral y biológica después de la muerte de Ambroise, difícil de explicar a quienes no conocen los mecanismos de la metempsicosis. Calmé a Mizuki prometiéndole hablar con Ambroise en otro momento y que luego la buscaría si llegase a conocer alguna información sobre su padre.

Esa misma noche soñé con Ambroise y algo se reveló en el espacio entre nuestros pensamientos. En una habitación de hospital improvisada, con paredes de plástico arrugadas, sobre una cama yacía un hombre inconsciente. La proyección de Ambroise flotó a un lado de la cama y en silencio transmitió a mis pensamientos la noticia de que Takashi Jinja se encontraba en un peligroso estado de sedación inducida hacía un mes y era alimentado por infusión intravenosa; un alto riesgo que se tomó para que el nivel de su conciencia fuera alterado de modo que cuando despertara le fuese imposible recordar todos los

cálculos que había hecho durante el período en el que trabajó con otros físicos en Oak Ridge. Ciertamente no podía decirle a Mizuki nada de eso, así que cuando desperté le pedí a otro peregrino que me la trajera.

Su ansiedad era algo inquietante. Pero tuve que improvisar diciendo que había hablado con Ambroise Drouet y él me había revelado que Takashi estaba en otro laboratorio, pero que, teniendo en cuenta la naturaleza de su investigación, no sólo él, sino los demás científicos implicados, debían estar aislados del mundo. Esa era una situación temporal, Mizuki podría irse a casa, mantener viva la esperanza, de que pronto tendría a su padre en sus brazos. No recuerdo otra mentira que haya dicho en mi vida, y ésto me recordó un pasaje bíblico en el que Job dijo: *Sólo verte basta para derribarte. Se vuelve feroz cuando lo despiertan, nadie puede resistirlo cara a cara.* Algo me dijo que esa visión era el principio del fin de nuestras vidas.

EL FIN DE MIZUKI

Los siniestros y oscuros tentáculos de la industria nuclear, así como el de la farmacéutica, detectaron que Mizuki, la hija del físico japonés llamado Takashi Jinja, andaba indagando sobre el paradero o posible muerte de su padre. El peregrinaje que hizo a Osore-san acabó por confirmar las sospechas que recaían sobre ella.

Dos o tres días después de la visita al templo, Itako supo que el bus en el que viajaba de regreso a Tokio había rodado a un precipicio sin dejar sobrevivientes. Entonces, y por primera vez en muchas vidas, se indignó y exigió explicaciones a Ambroise Drouet. No vislumbraba las razones por las que él no le dijo nada al respecto. Drouet solo atinó a responder que los secretos profesionales a veces son mucho más importantes que la vida de una joven mujer y que a veces unos muertos más, como era el caso de los pasajeros del bus accidentado, sólo era el resultado de efectos colaterales; y que en realidad la ciencia estaba muy por encima de cualquier zalamería.

EL CAJÓN DE MASCARILLAS

Un dios camina sobre las aguas del Leteo, el río del ocultamiento. Nadie se atreve a pronunciar su nombre por miedo a ser devorado por el olvido. Una nube de tormenta lo acompaña sobre él. Cualquiera que lo mire, sin embargo, sabe que ese dios no tiene intención de protegernos. Quizás sea sólo un maniquí que parece levitar, pero que debe estar suspendido de esa nube, por cables invisibles, un truco pervertido que engeuece y además esclaviza el alma. El destino no debería ser más que el miedo que tenemos de perder nuestros argumentos ante el azar. El testimonio de la tierra debe ser el resultado de nuestra exposición a todos los riesgos. Esto es lo que aprendemos cuando toda divinidad desaparece del horizonte. El que permanezca ciego ya no podrá tocar el mar. Aunque sea un mar de marionetas, por donde fluyen todos los ríos del Hades. Los mismos títeres que fueron prohibidos por la iglesia medieval. El insoportable teatro del mundo que podía inventar sus propios dioses, cuyos cuerpos se guardaban detrás de escena al final de cada representación. Hasta el día de hoy, la catarsis es una maldición que las religiones no aceptan. Aristóteles decía que sólo gracias a ella el hombre puede evacuar los demonios que las religiones han colocado en su cuerpo. Una sociedad de autómatas era el principio y el fin de todos los seres. Los símbolos tienen su significado original corrompido hasta el punto que ya no sabemos si la máscara es la representación de lo que tenemos dentro o la revelación de lo que tememos fuera de nosotros mismos. La máscara es el único portal que los dioses nos han animado a crear. Y ahora persiste la confusión: ¿somos hombres o dioses?

LA PELEA DE LAS CONTRADICCIONES

1. Los seres humanos necesitan de dioses para poder recorrer el tramo de existencia que les ha tocado en suerte. Por eso se apoyan en ellos como si se tratase de un bastón; aunque todos terminan inectiblemente por caer al vacío. Poco importa si se trata de un personaje lumínico o uno de tinieblas.

2. Los sicarios de Pablo Escobar solían llevar en los tobillos una esclava con la imagen de María; y antes de asesinar a alguien le pedían protección, le rezaban y le prometían misas si la *misión* era un éxito.

3. La paradoja de los dioses es de tanta envergadura que cuando hay un terremoto con infinidad de muertos, por hablar sólo de una de las tantas tragedias naturales que suceden todos los días, la gente que sale indemne le da gracias a la divinidad en la que creen por haberles salvado la vida. En otras palabras, no consideran que ese mismo dios condenó a muchos otros a morir debajo de los escombros de sus propias casas. La solidaridad desaparece en un espejismo que se pone infinidad de máscaras o de infinitos maquillajes.

4. Cuando el Volcán Nevado del Ruiz hizo erupción, lanzó los flujos piroclásticos desencadenando cuatro lahares que se convirtieron en el fin del mundo, al menos del mundo que era la ciudad llamada Armero, y la sepultó bajo toneladas de lodo, tierra y escombros. Veinte mil personas murieron y hoy en día lo que fue una ciudad pujante y rica es un cementerio. De los veintinueve mil habitantes que tenía sólo se salvaron nueve mil. La televisión mostró durante días imágenes dantescas. Delante de las cámaras surgían hombres y mujeres desnudos, cubiertos de barro y excrementos. Hubo preguntas de toda índole y respuestas acertadas

y otras rocambolescas. Una de esas preguntas estultas fue la que le hizo un periodista a una mujer que vino a mirar la catástrofe, como quien sale a mirar vitrinas, porque creía que el volcán, que llevaba dormido sesenta y nueve años, despertaba con tanta ferocidad. La mujer respondió sin vacilar:

— Es un castigo de dios.

— ¿Cómo así?, preguntó de nuevo el reportero.

— ¿Acaso no ve que esa gente dormía desnuda? Por eso dios los castigó.

Las máscaras son endeables y sus maquillajes son de tan mala calidad que se derriten ante el leve fuego de una cerilla. Es entonces cuando la supuesta grandeza del Homo Sapiens se ve reducida a cenizas.

EL DÍA DE MI AHORCAMIENTO

Mi ahorcamiento sólo fue posible al tercer día, porque en los dos intentos anteriores hubo esos signos de casualidad que posiblemente no fueron identificados en su sentido correcto. Al parecer Jano había mirado al juez con la otra cara. Ese santuario de las transiciones me había aconsejado que mi condena fuera la entrada y no la salida. Que debería entrar al mundo de mi supuesto crimen y no recibir un boleto a una vida espiritual. Y por no haber cumplido lo debido, al intervenir en el orden de la sentencia, el juez hizo que mi espíritu fuera atravesado por un desorden de conciencia y la desgracia metafísica de la transparencia.

El patio de la prisión podría ser el escenario de una tragedia climática, la fuente perpetua de radiación que deja la explosión de un reactor nuclear, la extensión desértica de un lago envenenado con sulfato de talio. La última postal de la realidad será la que nunca olvidaremos. En el patio pude ver una inusual flor de loto que pasaba de un lado a otro, la cual, mirando atentamente, identifiqué como la cama donde Takisha Jinja estaba confinado en su coma inducido. A veces rodeaba el montón de cuerpos femeninos que en mi visión borrosa imaginaba como un loto dorado, formado por la desnudez desordenada de todas aquellas cortesanas. Y pronto pude ver también el volumen de una formación creciente, el grupo de peregrinos que esperaban ser atendidos por una médium ciega que tenía el don de recibir las voces de los muertos invocados. Ninguna de las flores eran sagradas y sólo florecieron frente a mí como una especie de presagio voraz de mis tormentos, de mi viaje infernal que nada tenía que ver con la purificación de mi espíritu.

El patio era una pústula maligna que alternaba la medida de mis visiones, como si fuera el mismo Goethe burlándose de todo, riéndose cuando decía que *los pobres nunca sospechan del diablo, aunque los tenga agarrados por el cuello*. Pero

¿de quién sospecharían entonces los pobres de Dios? Goethe debió ser el jefe encargado de poner nombre a los títeres de aquel espantoso teatro de la existencia. Desde el momento en que me pusieron la cuerda alrededor del cuello pude ver cuán defectuosas eran las predicciones de Isaías, ya que ningún ser humano rechazaría el mal y elegiría el bien. La imaginación creativa dio a la ilusión un carácter regenerativo. Y el truco de la libido siempre se utilizó para liberar al mundo de la servidumbre carnal, aunque no fuera más que un falso pretexto para ampliar el manto de la integración.

Y finalmente parecía que había llegado mi muerte, en medio de esa mezcla de hechos y alucinaciones que me hicieron viajar por diferentes épocas. La muerte, sin embargo, es una tormenta de ambivalencias. Quizás sea algo contrario a todo lo que imaginamos, como yo mismo he sospechado desde siempre. Quizás su valor simbólico no sea exactamente el de la desmaterialización. Si el espíritu sobrevive a la última estación del cerebro —esa fabulosa máquina de fusión de fuerzas opuestas y desplazamientos improbables de la materia—, esta permanencia puede ser una de las muchas formas de castigo para quienes se doblegaron ante el destino. Cuando la tapa se abrió bajo mis pies y el peso de mi cuerpo empezó a expulsarme de la vida, ya no sentí nada, ni dolor ni angustia, nada. La huella de todo lo que fui quedó un poco por encima y la muerte sólo habitaba en mi cuerpo. Por suerte no me vi en ningún espejo —pude comprobarlo después—, por lo que no pude ser un reflejo de mí mismo. Pero había algo ahí. Como la esencia más rara de un mito olvidado, allí estaba yo. Sin saber exactamente cuál era el propósito de ese complot.



EL AHORCAMIENTO DE AMBROISE DROUET

Las percepciones de Ambroise Drouet sobre su ahorcamiento son en parte acertadas, en parte soñadas y en parte anheladas. Ningún recuerdo puede ser evocado en su totalidad. Siempre hay alguna falsedad que altera el recuerdo que se desea contar. Por otra parte, el cerebro nos juega malas pasadas y nos incrusta imágenes de situaciones jamás vividas. Por eso el relato de Ambroise Drouet no es del todo fidedigno. Si lo sabré yo que estuve presente el día en que prepararon la horca para condenarlo a una de las tantas muertes que le deparó su destino. Cabe decir que también estuve presente el día en que le pusieron la soga al cuello a Villon y yo fui quien le dijo al oído al juez que lo dejara libre; que su misión como poeta iba a dejarle un enorme legado a la humanidad. Él me miró perplejo. Se preguntó como un vulgar ladronzuelo, sucio, con la ropa rota y desdentado, podía dejar una herencia poética a las generaciones futuras. No obstante, me creyó y por eso lo dejó libre.

Ese juez era el mismo que condenó a la horca a Drouet; así que yo confiaba en que una vez más podría persuadirlo de no llevar a cabo la condena. A veces el ego desmesurado nos persuade que somos pequeños dioses y que nuestro poder es omnipotente; por lo que olvidamos que sólo somos microgranos de arena que vagan por el espacio sin que podamos tener las riendas de nuestra propia cabalgata sideral.

Cuando me acerqué a él para interceder por Drouet inmediatamente me hizo un gesto que me dejó paralizada. Entendí que nada de lo que dijera o hiciera podría hacerlo cambiar de opinión. Así que no insistí. Di media vuelta y me alejé de ese escenario para nunca más volver a alterar la decisión de la justicia humana. De todas formas yo sabía que Ambroise Drouet en algún momento se transformaría en un *pez-dragón* y que vendría a mí por los ríos de azufre que rodean al templo donde vivo desde hace centurias. Así que me senté a esperarlo. Sé que nada corriente arriba, como lo hacen los salmones antes de aparearse para luego morir.

NOTAS DE UNA EVALUACIÓN PSIQUIÁTRICA

Reconocida internacionalmente en el campo de la psiquiatría forense, con libros publicados en varios países que abordan revelaciones inesperadas sobre fraudes relacionadas con el estado de salud mental de criminales famosos, la Dra. Mizuki Jinja, en su estudio titulado “El cerebro humano y sus emanaciones singulares”, aborda el sorprendente caso del ambientalista Lucien Ziegler, detenido por la Bundespolizei en Potsdam, tras una minuciosa investigación que lo confirmó como un asesino en serie responsable de la muerte de once mujeres. La policía había estado buscando pistas que permitieran identificarlas a través de objetos personales y ropa olvidados accidentalmente en algún lugar; teniendo en cuenta además que los cadáveres siempre fueron encontrados desnudos y con la marca de una espiral en la frente.

Según los periódicos de la época, en una casa de empeño se encontró una pulsera de plata, precisamente en espiral, con forma de serpiente que se sabía que había sido hecha especialmente a petición de Dália Vasuki, una de las víctimas, joven arqueóloga que estudió la influencia de rotaciones alternativas en la época medieval. El dueño de la tienda dijo que la pieza no fue empeñada por nadie, sino que él mismo la encontró en el jardín lateral de la abadía de Quedlinburg. Durante casi una semana, policías encubiertos montaron guardia alrededor de la abadía, esperando un milagro. Al sexto día vieron a un hombre merodeando por el césped en una actitud sospechosa; como si buscara algo. Luego decidieron seguirlo hasta su residencia y allí interrogarlo. Al verse acorralado se puso bastante nervioso; por lo que su reacción intrigó al policía que le preguntó si podía entrar a su casa. De inmediato el hombre entró corriendo y se encerró. Con una orden de allanamiento, se encontró una habitación oculta bajo tierra donde estaban organizadas todas las prendas y objetos de las mujeres asesinadas. En una de las paredes destacaba un inmenso lienzo de lo que parecía una reproducción de piel humana donde se podía ver una espiral.

Para la Dra. Mizuki la espiral es un símbolo de rotación creativa, la clave para la búsqueda ininterrumpida del origen y expansión del universo. En su evaluación de Lucien Ziegler, descubrió que él a menudo se refería a sí mismo como otra persona. Ese *otro* era un viajero sin conexión con su propia vida. Una entidad a la que atribuyó el conflicto de su conducta social. El ambientalista comenzó entonces a hablar de las políticas gubernamentales, de la forma en que se estaba destruyendo el planeta en nombre de un imperio industrial, desde la acción venenosa de los fertilizantes en la agricultura hasta las sofisticadas fórmulas para realizar las innumerables guerras que demarcaron todo el planeta como una fuente inagotable de beneficios. Habló de corrupción mesiánica e insistió en que el tratado de las siete iglesias no era más que un plan macabro para la destrucción masiva de todo el sistema solar. Según él, los extraterrestres que se apoderaron de nuestro planeta lo infectaron hasta tal punto que la solución sería abandonar la Tierra en busca de otros refugios. Y mirando fijamente a la médica, dijo: ¡Estamos *listos para esto!*

— Pero ¿cómo reconoces la presencia de esta entidad dentro de ti?

— Es un ermitaño, algo así como la figura sufrida del ahorcado que, para posponer su propia condena, debe tener siempre consigo a una mujer que le ayude a tomar las decisiones necesarias para evitar la inversión de todo orden moral.

— ¿Y cuáles serían esos órdenes morales?

— Ése no es el punto, ya que la mayoría de ellos no pueden ser revelados. ¿Por qué no indagar sobre el plano espiritual del que proviene?

— Estás barajando las cartas, confundiendo al Ahorcado con el Ermitaño, al Diablo con el Amante. ¿Podría ser esta la razón de su control sobre estas mujeres asesinadas?

— ¿Qué mujeres?

- ¿No reconoces lo que hiciste con ellas, Lucien?
- ¿Por qué me llamas por ese nombre?
- ¿Con quién estoy hablando entonces?
- Conmigo, siempre fue conmigo, Ambroise Drouet.

EL COLECCIONISTA

Ambroise Drouet, en una de sus tantas vidas, fue un lepidopterólogo bastante conocido. En su casa tenía un museo que era visitado por científicos de todo el planeta; ya que era el único lugar que albergaba la más grande e importante variedad de mariposas en el mundo. Al menos de las especies conocidas. Cuando alguien identificaba un nuevo lepidóptero, a la primera persona que contactaba, para contarle su descubrimiento, era precisamente a Ambroise Drouet oculto bajo una identidad secreta. En esa existencia se hacía llamar Lucien Ziegler.

Lo que más le llamaba la atención de esos insectos, aparte de sus colores, era la escama que llevan en sus alas. No en vano él sabía que en alguna otra existencia él sería un *pez-dragón*; y tanto el uno como el otro son animales con escamas. La atracción por las mariposas le permitía imaginar que él tenía el don del vuelo. En cierta forma se consideraba como el descendiente directo de la imaginación de Leonardo Da Vinci. Él sabía que cuando dormía su cuerpo se transformaba en una hermosa mariposa aún desconocida para la especie humana.

Es en alguna de esas tardes, que a veces se tornaban en tedio, que imaginó otra forma de ser coleccionista. Esa misma noche buscó en su baúl de disfraces el atuendo y los accesorios necesarios para ocultarse detrás del asesino más famoso de la historia londinense. Fue entonces cuando decidió coleccionar mujeres. Lo que lo llevaría ineluctablemente a ser un feminicida en serie.

Durante un buen rato erró por los suburbios de la gran ciudad y se adentró en los barrios donde abundaban las prostitutas que seguían a un hombre a cambio de cualquier moneda. De ahí a cumplir su nuevo sueño no había sino el gesto de apretar una cinta muy fina en torno a la garganta de la elegida.

EL PÉNDULO DE LA RESURRECCIÓN

El estudio de la Dra. Mizuki Jinja también aporta valiosas observaciones sobre la relación entre las mariposas y los asesinos en serie. Como representación de la metamorfosis la mariposa es incomparable, así como símbolo de la resurrección. Es por esto que es preferida por aquellos delincuentes sexuales que presentan características de trastorno de personalidad, especialmente los excéntricos. Aunque sea tratado como delito sexual, el acto no se produce, ya sea consentido o forzado. La Dra. Mizuki tiene razón al utilizar el término *coleccionista*, y el propio Ambroise confesó que prefiere a las mujeres más jóvenes, como si fueran orugas, y las cuida hasta prever el momento de su cambio para luego asfixiarlas con delicadeza sin dejar marcas, y las desnuda y deposita en algún lugar lo más alejado de sí, para que puedan encontrar una próxima vida. La espiral que marca su frente es signo de longevidad.

Aunque pueda parecer un acto de amor, lo cierto es que estas mujeres no significan nada para él a nivel personal. Tampoco estaba de acuerdo con la idea de que fuera agresivo con ellas. Lo que hizo fue parte de un método. Identificaba mujeres en las que vislumbraba el misterio del renacimiento, algo que por razones naturales, que no supo explicar, no le había sido concedido. Gracias a él esas criaturas pasaron de la oscuridad a la gracia sublime de la inmortalidad. Según la Dra. Mizuki, Ambroise creía que las estaba liberando de su envoltura carnal, dándoles un nuevo rumbo de existencia.

Un conocido proverbio chino dice que *si uno quiere talar un árbol en la mitad del tiempo, debe dedicar el doble del tiempo a afilar el hacha*. La psiquiatra destacó en el historial médico de Lucien Ziegler su casi obsesión con el libro *Histoire inconnue des hommes depuis cent mille ans*, del arqueólogo Robert Charroux; y en la copia que exigió llevar consigo cuando fue arrestado, prácticamente no había ninguna página sin resaltado en amarillo en pasajes reveladores; casi todos relacionados

con la presencia de pueblos extraterrestres en nuestro planeta y la incorruptible convicción de que la humanidad siempre estuvo privada del conocimiento más incisivo que habría cambiado radicalmente su historia. El hecho de que se convirtiera en ambientalista estaba relacionado con el deseo de demostrar que las fracturas en el núcleo mismo del planeta estaban amañadas hasta el punto de crear una falsificación de la naturaleza humana. Como el propio autor abría el libro, *algunos secretos que podrían haber precipitado la evolución de la humanidad se mantuvieron en secreto durante milenios, por temor a que su revelación provocara un cataclismo*. Lucien incluso reprodujo de su puño y letra este pasaje inicial en varias páginas en blanco del libro.

Así como Ambroise creía que estaba dando a las mujeres la oportunidad de encontrar el camino hacia la realización, Lucien pensaba poder especular en la intimidad de las palabras del arqueólogo el secreto de todas las puertas cerradas que ciertamente permitirían la existencia de un nuevo hombre. En sus cajones se encontraron innumerables carpetas escritas a mano donde simplemente copiaba los capítulos del libro y también añadía datos que seguramente se derivaban de sus delirantes investigaciones. Por ello creó un personaje llamado Robert Charroux, aunque firmando como Lucien Ziegler, que escribió sobre su propia condena y muerte, una muerte que de hecho se reveló como un rito de iniciación; la misma búsqueda de renovación espiritual que Ambroise veía en relación con las mujeres que asesinó.

¿MUCHO ANTES O MUCHO DESPUÉS?

Las primeras mujeres desaparecieron en abril de 1792, ¿o fue en 1972?, ¿o en 1872?. Cuando se encontraron algunas pistas sobre su secuestro, quedó claro que todas eran víctimas de la misma persona. Alguien, a quien no le importaba el destino de estas víctimas, quiso armar una especie de mapa de curiosidades. Los niños que jugaban en la noche lluviosa vieron la luz de un colgante con forma de sirena en la hierba empapada. Uno de los niños, Rudi, lo reconoció como el de su tía Yonne. La joven bailarina no regresó a casa esa noche, ni en las siguientes. No muy lejos, el paisaje urbano se tragaba dulcemente la lluvia; y en dicho paisaje apareció un vestido amarillo abandonado en la rama más baja de un ciruelo; posteriormente supimos que había pertenecido a Lille Cafarelli, una de las mujeres desaparecidas. Más que la extrañeza de la forma, el contraste de colores determinó que el vestido había sido dejado allí para ser encontrado inmediatamente. Con el paso de los meses, de los años y de los siglos se repitieron otros casos. Sin embargo, la mayoría de las veces el paradero de las mujeres desaparecidas quedó en el limbo. Uno de ellos coincidió con la publicación del informe oficial sobre los crímenes cometidos por la 'Ndrangheta. La gente de Calabria pensó que aquellos secuestros formaban parte de la organización mafiosa. La desconfianza se hizo aún mayor dada la forma en que el clero parecía ignorar el asunto. Sin embargo, hubo un hecho contrastante: a la 'Ndrangheta le importaban poco las mujeres. Había pasado un año y las lluvias volvieron a una Calabria aterrorizada por las oleadas de criminalidad y, en particular, por la constante desaparición de su población femenina. Todo el mundo temía la trata de personas, imaginando que sus hijas, hermanas y esposas habían sido llevadas a otros países. Una mañana de mayo la ciudad fue sorprendida por una imagen que aún hoy perdura en la retina de la historia: la lluvia cayendo sobre un montón de cuerpos femeninos desnudos, un cono humano, un volcán de carne bañado en agua. Una pirámide de almas vacías de significado.

Objeto único y sorprendente, ese anatema no correspondía a nada. ¿Era la perversión en su estado más visionario o era la denuncia de una semilla misógina que se expandía por el mundo? ¿La violencia sólo podría entenderse como tal a la luz de otras violencias? Es poco probable que haya una explicación para ese salvajismo.

¿QUIÉN SOY?

He aquí una pregunta difícil de responder. Personalmente nunca me he preocupado por conocer mis orígenes; sólo pienso un poco en el enigma de mi vida cuando ocasionalmente alguien me pregunta sobre ello. Y a decir verdad, cuando eso ocurre invariablemente me digo a mí misma que hay que ser muy caradura para querer entrometerse en mi vida privada. Lo considero incluso como una falta de respeto hacía mí. No obstante, voy a tratar de responder con los pocos datos que me contaron las ancianas que me criaron.

Durante siglos las sacerdotisas consagradas al Monte Osore tuvieron la particularidad de ser ciegas. Yo fui la última en cumplir con esa norma que hoy en día ya no existe. En esta región montañosa las familias solían ser muy numerosas y el trabajo en el campo no alcanzaba para alimentar a tantas bocas. Siempre había que escoger a alguien para darle la mejor ración de comida. En general eran el padre y los hijos. Las mujeres se alimentaban de sobras, si es que sobraba algo; sino buscaban raíces salvajes y pescaban a escondidas de los hombres en lugares que ellos desconocían. Esas astucias requerían un conocimiento profundo de las plantas comestibles y de los caminos que llevan a los ríos; y sobre todo se necesitaba de habilidades en la pesca manual. Cuando digo manual hablo de las manos; ya que los hombres jamás nos dejaron coger sus cañas de pescar. Para ellos era una actividad masculina. Así que si nacía una niña ciega el problema de criarla se instalaba inmediatamente en el centro de la casa. Lo más seguro es que si la dejaban con la familia no sólo iba a representar una boca más, y que su trabajo iba a ser muy limitado, sino que lo más seguro es que nunca tendría un pretendiente que se la llevara de casa. Por fortuna existía el templo de Osore-san donde todas las sacerdotisas eran ciegas y donde todas habían sido abandonadas por sus familias para evitar un infanticidio seguro e ineluctable. Yo fui una de esas niñas que vino al mundo ciega y además fui la última que sus padres entregaron

a las sacerdotisas para que la criaran y la convirtieran en una médium capaz de comunicarse con los muertos. En otras palabras soy un oráculo viviente. Soy una de las supervivientes de Delfos que atravesó siglos y milenios, y que, además, se niega a desaparecer.

EL PUNTO INCIERTO DE LOS ESPEJOS

¿Era Itako una diosa? Cuando hablaba a los peregrinos ella parecía una deidad deambulando por el espacio litúrgico, la forma en que se encontraba con los espíritus solicitados por sus seguidores, su prodigiosa acción psíquica era más que un fenómeno inexplicable. De todas las médiums de Aomori, ella era más que una intermediaria entre diversos mundos. Al invocar a los muertos, en la perfección con la que se dejaba entregar a la kuchiyose, Itako parecía encarnar a las deidades. Según varios testigos, tomaba la forma y características de cada entidad que recibía. ¿Tuvo su mediumnidad un origen divino o fue un estigma surgido de la ceguera? ¿Podría estar la fuente del milagro de Itako en sus córneas? ¿Cómo escalar la montaña desde la que Itako demostró su elevación? No fue como construir una escalera al cielo. Itako también fue más allá del papel de consejera espiritual, simplemente abrió el camino para el diálogo entre el peregrino y aquel que buscaba. Algunos afirman que la llegada del espíritu estuvo marcada por la extensión de un círculo de luz que involucraba a las dos personas en cada ritual. La noche se reconoce en su vértigo. No en las tinieblas con las que se viste, sino a través de la luz que alimenta en su interior.

LA EXTINCIÓN DEL FUEGO

Sé que los peregrinos creen que soy una diosa o al menos que soy uno de los espíritus de Osore-san. Lo sé por las ofrendas que ponen en la estancia donde los recibo. Lo intuyo por la voz mesurada, respetuosa y temerosa con la que me hablan. Lo siento en la respiración entrecortada de cada uno de ellos. Sé que me consideran inmortal y sé también que se consideran privilegiados por poder hablarme sin intermediarios de ninguna índole.

Sin embargo, yo sé que no soy una diosa y tampoco soy inmortal. Sólo soy la última sacerdotisa ciega del templo del Monte Osore. El templo tampoco es inagotable. Por el contrario, hace tiempo que está siendo preso de la decrepitud; muchos de sus muros se han derrumbado sin que los podamos reparar. Las novicias se hacen escasas y la gente en las ciudades se burla de nosotras y de nuestra misión sagrada. Nos consideran poco menos que hechiceras baratas y rústicas; o bien dicen que somos charlatanas y que robamos el dinero de la gente ingenua que aún cree en nuestro poder de comunicación con los muertos. Son tiempos duros los que nos han tocado vivir. El respeto por los ancestros pareciera que se está extinguiendo; y al hacerlo, nosotras también desaparecemos del mapa. Nos expulsan de sus vidas como se barre el polvo que se acumula en los rincones de las casas antiguas. Les molesta el aire que respiramos, como si no hubiese suficiente para ellos y para nosotras. Tal vez les incomoda que durante siglos hemos sido independientes y que fuimos capaces de sobrevivir sin un hombre; que no necesitamos hijos porque los campesinos nos daban como ofrenda a las hijas ciegas; aunque luego ellas tenían que probar que el dios que habían escogido las aceptaba como sus esposas y que necesitaban de sus ruegos y ofrendas. Si el dios escogido las rechazaba, ellas sabían cual era su destino. O bien ascendían al Monte Osore en pleno invierno, sabiendo que no podían descender, o bien acudían al harakiri. La opción de quedarse barriendo los corredores del templo no

era posible. Esa fue nuestra ley durante tiempos inmemoriales; ahora todo cambia y nosotras estamos extinguiéndonos como se extingue el fuego cuando no hay más leña para alimentarlo.

LOS VEHÍCULOS DE LA FERTILIDAD DEL ALMA

— Cuando te vi fue como una visión descontrolada, no fuiste solicitado por ninguno de mis peregrinos, simplemente estabas ahí, frente a mí, y ese espejismo arquetípico tal vez significó todos los hombres que nunca tuve, y por eso la primera sensación que sentí fue la de un deseo inflamando mi carne. Una extraña forma de deseo que venció mi ceguera y tu intangibilidad. Ambroise, ¿quién eres tú?

— No lo sé... ¿Cómo podría saberlo? Yo soy los retazos de muchos otros que murieron buscando el camino para llegar a ti. Soy el derrumbe de existencias inútiles y vanas que nunca tuvieron un segundo para preguntarse quienes eran y para qué estaban en este mundo. Soy la pesadilla de unos cuantos sátrapas que se creyeron reyes fatuos y que podían gobernar la tierra como se lleva a una manada de ovejas a pastar a la montaña. Soy la cicuta que le dieron al hombre que hace preguntas todo el tiempo emulando el noble oficio de partera de su madre. Soy el poeta que recorría caminos y asaltaba a los viajeros. Soy el poeta que iba de puerta en puerta cantando las hazañas de Ulises. Soy el poeta suicida que se lanzó mil veces por el precipicio y que con cada caída dio a luz a uno nuevo. Soy el rayo que rompe la roca. Soy el espejismo de los beduinos. Soy la gota de sudor de las campesinas que labraron en los campos. Soy todo y soy nada.

— Sospecho que ambos entramos en el mundo de las imágenes y fuimos mucho más allá de las nociones aisladas de memoria y presentimiento. Aceptamos un estado primitivo de la imaginación sin tener en cuenta sus consecuencias. Sin embargo, no nos limitamos a viajes psíquicos, pues sentí tu carne dentro de mí, nuestros orgasmos bañados en un mismo río de fuego. ¿Cómo es esto posible?

— Tal vez porque somos el comienzo y el fin. Somos el invierno y la primavera. Somos el cóndor que se suicida si su pareja muere. Somos el aire y la tormenta de arena.

— He vivido alejada del mundo. Sin embargo, el mundo traduce mi ausencia como una forma de paradoja intermitente, donde puedo ser todos y al mismo tiempo ser nadie, como tú lo sientes. Quizás podríamos encontrar una manera de salir de este plano —que ya no es físico ni siquiera espiritual— y buscar un desierto, un océano, el interior de un volcán o incluso otro planeta, un lugar donde ya no tendríamos que vivir con los sacrificios de Itako y Ambroise.

— No lo sé. No sabría vivir lejos de Osore-san. Esta es mi vida. Puedo viajar psíquicamente a cualquier lugar de cualquier universo; pero nunca podré abandonar el centro del mundo al que pertenezco.

— No lo entiendes, nuestras almas están tan entrelazadas que has asumido mi ser, respondes por mí, como si fueras tú Itako y yo Ambroise. Esto debe ser lo que se llama la fertilidad del desierto o el vacío iluminado del océano. De hecho, nunca abandonaríamos nuestros orígenes. Sólo el plano físico de un mundo que ya ha llegado al pico de su desgaste.

— ¡El que no entiende eres tú! No hay nada más importante que Osore-san. Todo lo demás son vientos que se entrecocan los unos con los otros y que producen tsunamis. Yo decido quedarme aquí, en el templo. Jamás abandonaría a las novicias ni a los peregrinos. Si lo hiciera ni siquiera tú podrías navegar de nuevo en tu existencia de *pez-dragón*.

LA CÁMARA OSCURA

El cuerpo de Lucien Ziegler fue encontrado en su habitación en las ruinas del Sanatorio Harper, adónde fue enviado tras ser juzgado como criminalmente demente en el caso en el que se hizo conocido como *El Coleccionista*. La autopsia no pudo identificar la causa de la muerte, pero la médica considera que se trata de un caso poco común de suicidio ni tampoco había mostrado ningún comportamiento que indicara ese riesgo. No se puede decir que sea un reflejo de su condición mental, ya que así el método sería visible. Ni siquiera dejó una nota. La medicación controlada tampoco podría ser un factor que justificara la investigación. Menos aún lo son las macabras historias que dieron a la antigua mansión de Londres la reputación de sanatorio maldito. La opinión de su médica es que simple y llanamente decidió morir. Para ella, Lucien estaba cansado de desempeñar ese papel, juzgado por todos sus actos, desacreditado en la sinceridad de sus motivos. No importa si la sentencia fue conmutada ya que por algún extraño milagro su situación siempre sería la misma. Ciertos estigmas son inapelables.

PASAJES DE LAS VIDAS DE AMBROISE DROUET
(SECRETOS, PESADILLAS, RITUALES)

En algunos de mis tantos periplos estuve en La Roche-Saint-Secrets, un pequeño pueblo de la Drôme Provenzal que yo prefiero llamar La Roca sin Secretos. Allí estuve durante un otoño que se caracterizó por ser uno de los más pluviosos que la gente de entonces recordara haber vivido. Los ríos que circundan la zona se crecieron y el agua corría a borbotones montaña abajo. Hubo derrumbes por todas partes, y uno de ellos cayó sobre la iglesia del pueblo destruyéndola casi por completo. Cuando los aguaceros se calmaron todos los vecinos nos pusimos en la tarea de limpiar las calles, las casas y por último la iglesia. Cuando sacamos las rocas nos encontramos con el cadáver de un recién nacido que alguna madre soltera había enterrado en completo secreto debajo de uno de sus muros de piedra. Desde entonces se decidió que el pueblo se llamaría precisamente La Roca sin Secretos.



Mi infancia, como la de todos los niños franceses, transcurrió atravesando años de penuria. En mi casa erámos doce hijos y cada uno tenía un trabajo asignado y del que no se podía escapar ni un solo día. Acababa de cumplir catorce años y mis padres decidieron que para celebrar esa fecha iba a comulgar por primera vez y al mismo tiempo se iba a llevar a cabo el ritual del pantalón largo. Un día muy importante en la vida de un niño. Al pasar del pantalón corto al largo se pasaba de la infancia a la edad adulta. El concepto de adolescencia no existía aún. Ese mismo día mi madre me puso un par de zapatos, era la primera vez en mi vida que los usaba. Siempre había estado a pie limpio. Una vez regresamos de la iglesia mi madre me miró fijamente a los ojos y ordenó:

— ¡Ahora se cambia y se va a ordeñar las vacas!

Mi pequeña e íntima felicidad se derrumbó. El mundo seguía siendo el mismo. Pasaría mucho tiempo antes de volver a ponerme los pantalones largos y a usar calzado.



No lejos de La Roca sin Secretos están las ruinas de un antiguo monasterio llamado Notre Dame La Brune; famoso porque a sus pies corre un riachuelo que es venerado por considerar que su agua es milagrosa. En cada Semana Santa sus ruinas se llenan de peregrinos que vienen a visitarlo; especialmente los que tienen problemas de visión. Los romeriantes que han perdido la visión pueden recobrarla rápidamente si se frotan los ojos con su agua bendita.

MENTIRAS Y CONTRABANDOS

Ambroise Drouet pasó una gran parte de su existencia como asaltante de bancos hasta que su buena fortuna le dio la espalda y terminó en una celda de diez metros cuadrados que compartía con un asesino serial. A medida que las confesiones se acumulaban, Ambroise Drouet se puso a escribir. Adoptó el seudónimo de Cédric Henry. El conocimiento del mundo del bandidaje, y su cercanía con los asesinos en serie, le permitió escribir algunas novelas negras con bastante éxito. Cuando salió de la prisión varios de sus libros habían sido llevados a la gran pantalla. El oscuro bandido pasó a ser un escritor respetado que daba conferencias en todo el país.

En una de esas presentaciones un periodista lo abordó para indagar sobre el personaje de una de sus novelas, cuya trama discurría por los laberintos de una realidad paralela llena de significativos absurdos. Quería saber, concretamente, qué había admirado el novelista al crear a Lucien Ziegler. De manera sorprendentemente irritada, casi violenta, Ambroise respondió:

— No sé qué está pasando aquí. Este personaje está en mis notas, en un cajón, esperando una mejor definición, es algo en estudio, para una próxima novela que, de seguro, todavía no sé si escribiré, ya que el tema me ha causado mucha molestia. ¿Cómo supiste esto?

— Usted mismo nos cuenta la historia de un extraño coleccionista, el suizo Lucien Ziegler, en la novela *Mentiras y contrabandos* publicada hace dos años. Inicialmente lepidopterista, tras un episodio de desviación psicológica creyó que evolutivamente debía empezar a coleccionar mujeres, en las que veía la representación perfecta del insecto, en su transición de oruga a mariposa. El libro adquiere así un carácter inquietante, ya que Lucien se convierte en un asesino en serie que, después de unos años, finalmente es arrestado y juzgado,

tras haber sido condenado a residencia eterna en un sanatorio para criminales dementes. En las páginas finales de la novela se descubre que un terremoto destruyó casi por completo la mansión donde se encontraba el sanatorio y el cuerpo de Lucien nunca fue encontrado.

— Esta fue la primera idea que tuve y curiosamente nunca se lo conté a nadie. Puedo garantizar que esa novela nunca existió. Lucien es un personaje que no tuvo mayor expresión, algo reiterativo en el género del thriller, cuyo único atractivo era precisamente su desaparición. Cuando abandoné los apuntes estaba pensando en empezar una novela a partir del momento en que un personaje desaparece sin dejar rastro. Sería una especie de protagonista inexistente, toda la historia se desarrollaría en torno a su ausencia.

Ambroise parecía tan convencido de sus palabras que el periodista empezó a desconfiar de su memoria, aunque se sorprendió de cómo habría sido posible inventar ese nombre. Mejor no mencionarlo más puesto que los lectores ni siquiera creerían en esa conversación inusual. Y luego se fue.

AUTOBIOGRAFÍA DEL OTRO

Entre los trastes que indicaban que era la habitación de Lucien Ziegler, protegida por una carpeta acrílica, dentro de un cajón parcialmente protegido de lo que debió ser un derribo abandonado por la mitad, encontramos unas hojas bien organizadas, con un manuscrito impecable, que parecía ser la autobiografía del paciente. Lo extraño es que allí se cuenta la historia de Ambroise Drouet. Entre los papeles había un dibujo al carbón de un grupo de corales, bajo el efecto de un mar embravecido, ciertamente estas pequeñas rocas guardaban un secreto que sólo Ambroise había notado. El siguiente manuscrito contenía una pista intensamente sutil:

Para algunos, el mundo existe bajo tierra, enterrado en la mente y de allí extraemos experiencias de vida. La armonía es hija de esta aparente paradoja. En cada momento lo que somos es lo que está por venir. El hombre crea las formas futuras de su propia naturaleza. Y las pequeñas criaturas que aparecen, a las que le gusta nombrar, conservan los rituales salvajes de sus antepasados. Si miramos de cerca no hay ninguna paradoja. El hombre es la única paradoja que distorsiona la realidad.

Esa era una verdad intransigente. Es posible que Lucien se lo haya dicho a Ambroise en algún momento, porque en aquellos corales la luz pasaba como si fueran ellos mismos, pasando el uno al otro, de la luz a la oscuridad, dos formas de una misma expresión de misterio. Como el *pez-dragón* que Itako le había prometido una vez a Ambroise.

LA LEYENDA DEL PEZ-DRAGÓN

Las sombras bailan en el jardín de fina arena blanca. El cerezo en flor pinta el cielo con flores iluminadas. Se puede escuchar la orquesta del silencio, que ni siquiera el viento se atrevería a interrumpir. Las confesiones del tiempo quedan impresas en este paisaje a medida que animales esculpidos en el éter emergen de la tela vítrea de la arena. Un pez solitario guarda en su interior los manuscritos del diluvio. Desde las profundidades del mar trae al mundo exterior los caminos consagrados al cosmos. Cuando está solo, el pez no percibe ninguna ambivalencia. El encuentro con la serpiente alada, que habita la brumosa cumbre de la montaña dibujada en el fondo del paisaje, es, para el pez, la personificación anticipada del huevo de perla que le permitirá renacer a la vida. El vuelo es el triunfo de la resurrección. Hay un dragón de papel durmiendo en un rincón del jardín. El pez reconoce en él al verbo creador. Las sombras desentrañan las transfiguraciones de los eclipses mientras alimentan de luz el ritual de su danza. Las sombras son anfibias y aprenden de las aguas cuando la arena se convierte en cristal. Los dragones de Lucifer desconocen el misterio de las metamorfosis. Por eso son sólo una parte de la eternidad, una especie de leyenda sacrificada. Itako esperaba que algún día Ambroise Drouet se convirtiera en su dragón. Sus libros, sin embargo, se cerraron sin darse cuenta de la correspondencia perdida. Al mirar el paisaje, Itako hace caso omiso de las visiones extrañas. Aunque se siente sola debe conservar los manuscritos de la longevidad dentro de ella. Un día convertirá el vidrio en un ser alado.

EL DRAGÓN DEL MONTE OSORE

En las profundidades del Monte Osore duerme el Dragón a la espera que la vigilia de Itako termine. Cuando eso suceda él saldrá del sueño profundo, golperá las paredes de la montaña con su cabeza y sacudirá su larga cola. El centro del mundo se fracturará en millones de partículas que serán a su vez lanzadas a la estratosfera. El volcán escondido en el interior de Osore-san arrojará lenguas de fuego y lava que bajarán por las paredes de la montaña y arrasarán con todo lo que encuentren a su paso. Itako lo sabe. Por eso vela sus entrañas. No permitirá que nada le impida al *pez-dragón* llegar hasta ella. Itako y el Dragón miden sus fuerzas, hacen un pulso permanente, esperan pacientemente a que el otro baje la guardia. El Dragón es el fin e Itako lucha para que el caos no se apodere ni de su templo ni de su montaña.

SOBRE LOS AUTORES



BERTA LUCÍA ESTRADA (Colombia, 1955). Escritora, ensayista, poeta, dramaturga, crítica literaria y de arte. Es librepensadora, feminista, atea y defensora de la otredad. Ha publicado catorce libros y ha recibido seis premios de poesía. Ha escrito tres obras de teatro y una nouvelle con Floriano Martins.

Algunos de sus artículos y poemas han sido difundidos en *Agulha Revista de Cultura* (Brasil) y en publicaciones de la Universidade Estadual do Oeste do Paraná – UNIOESTE, revista *Acrobata* (Brasil), *Tripluv* (Portugal), *Esteros* (Uruguay), *Crear en Salamanca* (España), *Blanco Móvil* (México), *Nueva York Poetry*, *La Otra* (México), *Altazor* (Chile), *AErea* (Chile y España) y *Aleph* (Colombia). Es colaboradora de “Palabra de Poeta”, espacio del programa radial *Pegando La Hebra* (Valencia-España). Ha sido traducida al francés, portugués, rumano, griego e inglés y ha participado en el Salón del Libro de Casablanca (Marruecos), en la Feria del Libro de Madrid y en la Feria del Libro de Bogotá. Ha sido invitada a numerosos encuentros de poetas, entre ellos el Festival Internacional de Poetas de Curtea de Argès (Rumania); así como a varios congresos, entre ellos los programados por UNIOESTE (Brasil) en el 2011 y 2012, y por la Universidad de Varsovia en el 2014.



FLORIANO MARTINS (Brasil, 1957). Poeta, editor, dramaturgo, ensayista, artista visual y traductor. En 1999 creó *Agulha Revista de Cultura*. Coordinó (2005-2010) la colección “Ponte Velha” de autores portugueses en Escritos Editora (São Paulo). Curador del proyecto “Atlas Lírico de Hispanoamérica”,

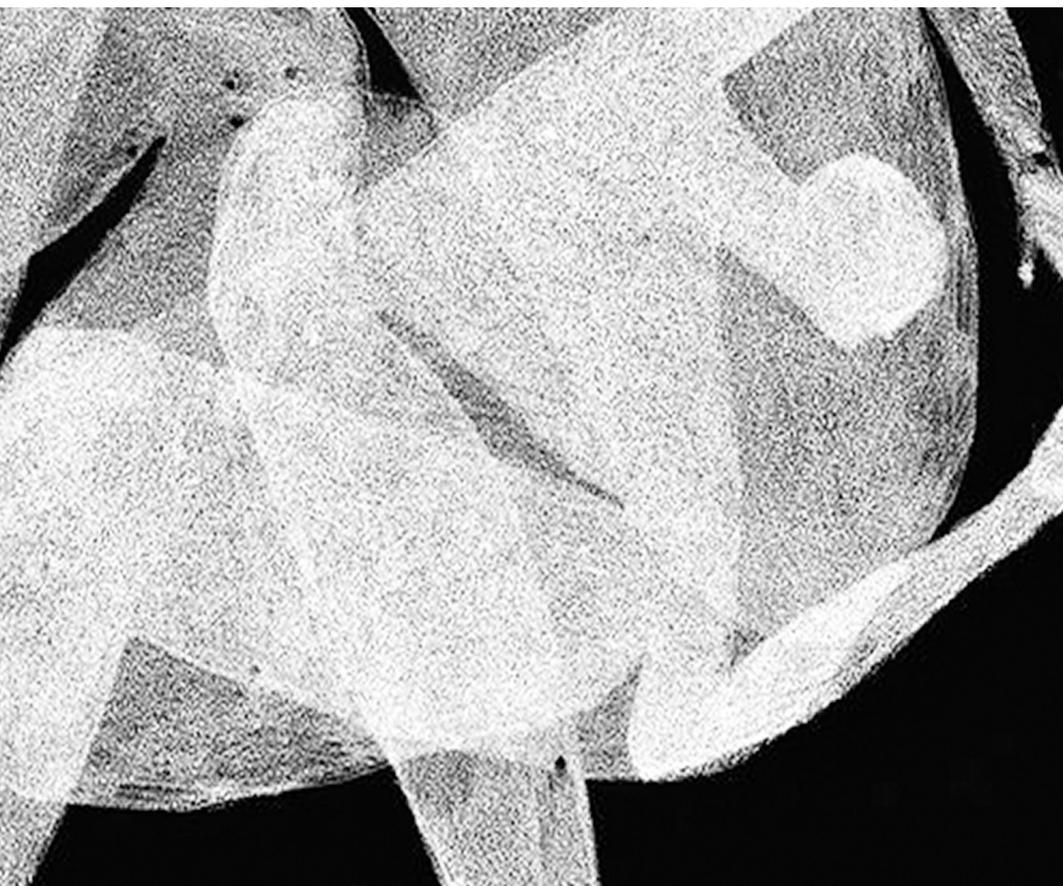
de la revista *Acrobata*. Estuvo presente en festivales de poesía realizados en países como Bolivia, Chile, Colombia, Costa Rica, República Dominicana, El Salvador, Ecuador, España, México, Nicaragua, Panamá, Portugal y Venezuela. Curador de la Bienal Internacional del Libro de Ceará (Brasil, 2008), y miembro del jurado del Premio Casa das Américas (Cuba, 2009), fue profesor invitado en la Universidad de Cincinnati (Ohio, Estados Unidos, 2010). Traductor de libros de César Moro, Federico García Lorca, Guillermo Cabrera Infante, Vicente Huidobro, Hans Arp, Juan Calzadilla, Enrique Molina, Jorge Luis Borges, Aldo Pellegrini y Pablo Antonio Cuadra. Entre sus libros más recientes se encuentran *Un poco más de surrealismo no hará ningún daño a la realidad* (ensayo, México, 2015), *El Iluminismo es una ballena* (teatro, Brasil, en colaboración con Zuca Sardan, 2016), *Antes de que se cierre el árbol* (poesía completa, Brasil, 2020), *Naufrajos del tiempo* (novela, con Berta Lucía Estrada, 2020), *Las mujeres desaparecidas* (poesía, Chile, 2022), y *Sombras en el jardín* (poesía, Brasil, 2023).



El sortilegio prohibido de Berta Lucía Estrada & Floriano Martins se terminó de ensamblar en su versión digital en septiembre de 2024.
En su composición se utilizaron los tipos :Linux Libertine, Minion Pro, JMH Typewriter y Californian FB: 10, 12, 14, 18.



2024



**COLECCIÓN LIBROS IMPOSIBLES
2024**